

EL CIELO EN 1896.

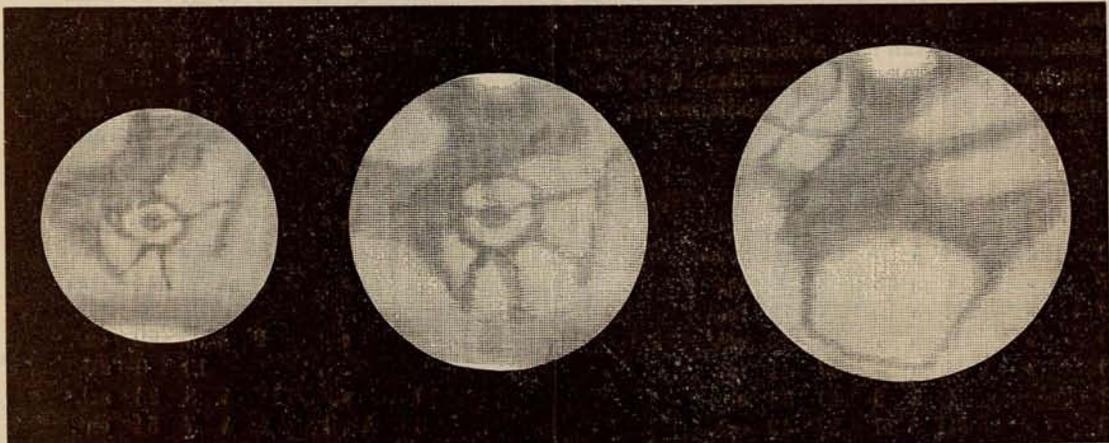
SOL.—En la época en que redacto estas líneas (Junio de 1895) la efervescencia del gran luminar continúa en visible descenso, pues aunque se observan todavía manchas muy notables y en Abril ha aparecido una cuya máxima dimensión media 45.700 kilómetros, ó sea un diámetro cerca de cuatro veces mayor que el de la Tierra, todo está demostrando que la actividad solar camina hacia un mínimo, que puede preverse para 1901, dado el ciclo undecenal á que obedecen estas fluctuaciones y haber ocurrido la fase de mayor calma precedente á mediados de Noviembre de 1889.

La atención de los aficionados á los estudios heliográficos ha de tener, pues, por objetivo en 1896 determinar las dimensiones y latitud de las manchas que sin duda han de dejarse ver y diseñar con exactitud sus formas sucesivas, especialmente de aquellas que afectan un carácter ciclónico más ó menos acusado. El ocular acodado de Herschell es muy útil para las observaciones de este género.

serán mejores para los habitantes de la América del Sur.

De las últimas observaciones parece resultar que el transcurso de rotación de Venus discrepa poco de veinticuatro horas, como antiguamente se creía, por manera que el asunto reclama todavía nuevo estudio, á fin de obtener con certeza dato de tanta importancia.

MARTE.—Desde los primeros días de Agosto este planeta medirá un diámetro aparente bastante sensible para poder observarse, mostrándose á la sazón en la constelación de Tauro, á Occidente de la brillante estrella *Aldebarán*, y en 1.º de Noviembre se habrá corrido á la de Géminis, hallándose situado al Noroeste y muy cerca de su estrella η . Estará en oposición con el Sol á primeros de Diciembre, en cuya época volverá á encontrarse en la constelación de Tauro, al Norte de la estrella ζ ; medirá un diámetro aparente de 20'', y se acercará á la Tierra á 83 millones de kilómetros.



1896

1894

1892

MERCURIO.—Será estrella de la tarde y se hallará en las mejores condiciones para la observación en los días 23 de Enero, 16 de Mayo y 12 de Septiembre, y de la mañana en estos otros, 5 de Marzo, 4 de Julio y 23 de Octubre. Las épocas más favorables serán 16 de Mayo y 4 de Julio.

VENUS.—En condiciones bastante favorables podrá observarse al anoecer en la primera quincena de Enero y en la última de Diciembre por la mañana. Á causa de la grande declinación austral del planeta, aquellas condiciones

Compréndese por lo expuesto que en la oposición de 1896 se encontrará Marte en condiciones menos favorables que en la de 1894, en cuya época su distancia mínima á nuestro globo fué solo de 64 millones de kilómetros, y menos todavía que en la de 1892, puesto que dicha distancia se redujo entonces á 56 millones de kilómetros. El grabado adjunto pone de manifiesto las dimensiones aparentes relativas á las tres épocas aludidas.

Cada dos años próximamente se sitúa así el planeta al

alcance de la observación, mejor que ninguno de sus congéneres, y de ahí que el mundo marcial sea hoy tan perfectamente conocido como el nuestro en cuanto á la configuración de mares y continentes, á la periodicidad en la expansión de las nieves polares, y hasta en las líneas generales de su régimen meteorológico. En cambio las apariencias singulares descubiertas durante los últimos años en aquel territorio, los puntos brillantes que han aparecido junto á su limbo, y la variabilidad que revisten todos estos fenómenos, constituyen un conjunto de hechos enigmáticos, cuyo estudio va á continuarse con creciente interés sin duda en la próxima oposición.

JÚPITER.—El 19 de Enero brillará al Norte y á cortísima distancia de la estrella δ de Cáncer, permaneciendo en dicha constelación durante la primera mitad del año, y en la de Leo durante los meses de Agosto á Diciembre. Su oposición tendrá efecto el 24 de Enero, en cuya época su diámetro ecuatorial aparente medirá $46''$, y su altura sobre el horizonte de Madrid será de $69^{\circ} 29' 11''$ en el momento de su paso por el meridiano.

Tanto por las modificaciones que de continuo se operan en su superficie, como por el interés que entraña la observación de los eclipses y pasos de las sombras de los satélites, el mundo jovial ha de ofrecer constante atractivo á los aficionados que posean anteojo ó telescopio de mediana fuerza, toda vez que basta un instrumento de 81 á 95 milímetros de abertura para recoger copiosos frutos en el estudio de aquel lejano mundo.

En los primeros meses del año las sombras de los tres primeros satélites correrán sensiblemente sobre la faja ecuatorial, y la del cuarto se separará más ó menos de esta zona según la época en que se observe. Serán igualmente interesantes los pasos del cuarto satélite sobre el disco del planeta, que han de ocurrir en los días que se expresan al final de la tabla.

Todos estos fenómenos van indicados como sigue, entendiéndose que las horas se refieren al meridiano de Madrid y se cuentan de 0^h á 24^h á partir del mediodía medio:

ECLIPSES.

12	Enero	II	á	7 ^h	46 ^m	35 ^s	inmersión.
17	»	I	á	6	8	5	in.
19	»	II	á	10	14	13	in.
29	»	III	á	7	28	36	emersión.
30	»	II	á	4	57	41	in.
2	Febrero	I	á	6	40	39	em.
5	»	III	á	11	27	42	em.
6	»	II	á	7	33	15	em.
9	»	I	á	8	35	13	em.
13	»	II	á	10	28	47	em.
16	»	I	á	10	29	57	em.
25	»	I	á	6	53	29	em.
3	Marzo	I	á	8	48	32	em.
9	»	II	á	7	12	44	em.
10	»	I	á	10	43	40	em.
12	»	III	á	7	27	8	em.
16	»	II	á	9	47	58	em.
19	»	I	á	7	7	45	em.

19	Marzo	III	á	7	54	54	inmersión.
»	»	»	á	11	26	54	emersión.
26	»	I	á	9	3	5	em.
9	Diciembre	I	á	10	20	11	in.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

5	Enero	II	á	9 ^h	54 ^m	entrada.	
					12	48	salida.
9	»	I	á	7	4	ent.	
					9	24	sal.
11	»	III	á	6	6	ent.	
					9	43	sal.
12	»	IV	á	8	21	sal.	
16	»	I	á	8	58	ent.	
					11	18	sal.
18	»	III	á	10	4	ent.	
					13	42	sal.
25	»	I	á	5	21	ent.	
					7	41	sal.
28	»	II	á	6	56	ent.	
					9	51	sal.
1	Febrero	I	á	7	15	ent.	
					9	35	sal.
4	»	II	á	9	32	ent.	
					12	27	sal.
8	»	I	á	9	9	ent.	
					11	29	sal.
17	»	I	á	5	33	ent.	
					7	53	sal.
23	»	III	á	5	59	ent.	
					9	39	sal.
24	»	I	á	7	27	ent.	
					9	47	sal.
29	»	II	á	6	39	ent.	
					9	34	sal.
1	Marzo	III	á	9	58	ent.	
					13	38	sal.
2	»	I	á	9	22	ent.	
					11	42	sal.
»	»	IV	á	9	45	ent.	
					14	30	sal.
7	»	II	á	9	16	ent.	
					12	11	sal.
18	»	I	á	7	40	ent.	
					10	0	sal.
19	»	IV	á	8	33	sal.	
8	Abril	I	á	7	54	ent.	
					10	14	sal.
17	»	I	á	9	48	ent.	
					12	9	sal.

PASOS DEL CUARTO SATÉLITE.

Enero	12	á	6 ^h	31 ^m	entrada.
Febrero	14	á	10	48	salida.
Marzo	2	á	6	12	sal.
Abril	4	á	9	55	ent.

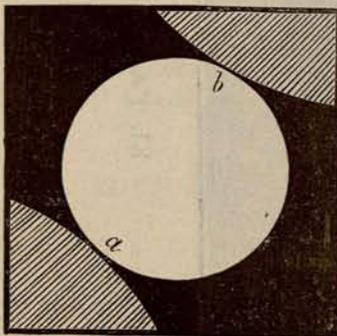
SATURNO.—De Marzo á Agosto brillará en la constelación de Libra, encontrándose en los días 20 y 21 de Junio á dos grados al Norte de la estrella α del expresado asterismo. El 22 de Abril estará en oposición con el Sol, y su diámetro ecuatorial aparente medirá á la sazón 18". Su anillo ofrecerá un aspecto análogo al representado en el *Almanaque* para 1888, sin más que invertir de arriba abajo aquella figura, por ser ahora la cara boreal del plano anular la que será visible. La división principal del mismo, llamada de *Cassini*, podrá percibirse con instrumentos de pequeña fuerza, pues un antejo de 81 milímetros la define bastante bien en los extremos de la elipse aparente.

URANO Y NEPTUNO.—El primero de dichos astros se hallará durante todo el año en la constelación de Libra, entre las estrellas de quinta magnitud ϵ y λ , encontrándose en oposición el 12 de Mayo, en cuya época su diámetro aparente medirá 4". El segundo, en la constelación de Tauro, entre las estrellas τ y ζ .

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—Habrá dos de Sol y dos de Luna. Los primeros serán invisibles para España. De los segundos, que serán parciales, sólo uno podrá verse bien; ocurrirá el 28 de Febrero, y sus fases principales para Madrid serán como sigue:

Entrada de la Luna en la sombra....	6h	2m
Medio del eclipse.....	7	31
Salida de la sombra.....	9	0
» » penumbra.....	10	1

En la máxima fase la Luna quedará eclipsada en una porción equivalente á las nueve décimas partes de su diámetro. La entrada y salida de la sombra se efectuarán respectivamente por los puntos *a* y *b* representados en la figura adjunta, que se refiere á visión directa.



LA TIERRA EN 1896.—En virtud de la estabilidad del sistema del mundo que la Mecánica celeste establece, es dado prever que la vida astronómica de nuestro globo se hallará asegurada durante siglos sin cuento; pero su aspecto físico, ó sea el relativo á la evolución geológica, ha de experimentar en las futuras edades modificaciones profundas, por efecto del progresivo enfriamiento de su corteza y de la reacción que le es inherente en el océano de fuego que aprisiona en sus entrañas.

Los fenómenos sísmicos y volcánicos, aunque observados en exigua escala durante el período histórico, atestiguan la existencia de las fuerzas interiores que aquella reacción origina, explicándose de este modo los grandes cataclismos acaecidos en remotos tiempos y los cambios lentos que se

operan en continentes y mares, pero sin que sea posible predecir cuándo, ni con qué intensidad, ni sobre qué territorio volverá á manifestarse la actividad interna, por ignorarse todavía la íntima relación entre esos efectos y sus causas.

Otra parte de las modificaciones que se efectúan sobre la superficie del planeta procede directa ó indirectamente del trabajo del hombre, que es también un agente de transformación, como si misteriosa ley pesara sobre la humanidad haciéndola intervenir en el proceso dinámico del astro que la conduce á sus eternos destinos. Y puesto que el efecto que de aquí se origina ha de resultar tanto más amplio y eficaz cuanto mayor sea la esfera de acción del sér inteligente, es natural que los pueblos más cultos sean los que con mayor suma de energías contribuyen á la renovación superficial lenta y tangible de que ahora se trata.

No es necesario esforzarse en demostrar que en este incitante trabajo figuran en primera línea Alemania, Francia, Inglaterra y la América del Norte, puesto que allí nacieron la locomotora y el telégrafo con sus innumerables variantes; la luz eléctrica y la termodinámica con todas las maravillas de la industria contemporánea, siguiendo después España y los demás países, que se limitan á utilizar los progresos materiales que de allí se derivan, pero sin intentar siquiera tomar parte activa en el grandioso certamen de la inteligencia, porque una instrucción pública deficiente continúa colocándolos á un nivel inferior desde donde no alcanza á descubrirse el principio generador de aquellas conquistas.

Planteados en el nuevo terreno el trascendental problema relativo al estado futuro de la Tierra, se comprende por qué en los cuatro últimos lustros el autor de estas líneas no ha cesado de abogar en favor de una reforma radical de la enseñanza, y aboga todavía, aunque sin fruto, persuadido de que este resultado debe atribuirse en gran parte á que los hombres públicos que se han hallado en situación de acometer tan ardua empresa no han estudiado á fondo el carácter y exigencias de los tiempos presentes, y de ello es reciente prueba el actual plan de enseñanza, elaborado con inmejorable intención sin duda, pero que no es en rigor sino deplorable retroceso.

Ahora se comprenderá mejor la insistencia con que en *Almanques* anteriores he citado los nombres de D. Juan Navarro Reverter y D. Alberto Bosch y Fustegueras, como los más sobresalientes entre los pocos que en nuestro país van unidos á una vasta instrucción politécnica y á un espíritu concededor de la época en que viven, circunstancias ambas muy esenciales para resolver con acierto asunto de tanta monta. Hay, pues, motivo para felicitar de que el Sr. Bosch desempeñe hoy la cartera de Fomento, pues es lógico esperar que en la formación del nuevo plan que proyecta tome como bases fundamentales, sobre todo en lo que á la segunda enseñanza se contrae, los siguientes puntos:

Dividir este período en dos partes, consagrando los tres primeros años á nociones generales, y bifurcando los estudios en los tres restantes, á saber, en una rama las ciencias y en otra las letras, con facilidad de pasar de una á otra rama. Disminuir el actual número de asignaturas, por ser materialmente imposible que el joven pueda aprender bien más de dos en cada año, salvo alguna que otra que sólo reclame una ó dos lecciones semanales. No dar á las materias exagerada extensión, pues si se quisiera ganar en profun-



MEDITACIÓN.— POR TAYLOR.

didad lo que se cercena en número, resultaría una nueva imposibilidad comparable á la anterior. Imponer un programa claro y metódico para cada asignatura, con obligación de que todos los textos sean escritos y se ajusten invariablemente á aquella norma en cuanto á tendencias y amplitud. Establecer el doble sistema de exámenes orales ó por escrito, á voluntad del alumno, y poner eficaz empeño en que sea efectivo el más absoluto rigor en ambos sistemas. Suprimir vacaciones en días laborables; y, finalmente, elevar á grande altura la disciplina escolar, cortando de raíz abusos y castigando severamente desmanes.

De todos estos puntos, el que mayor dificultad ofrezca tal vez al nuevo Ministro, dada su innata inclinación á saber de todo, será el que se refiere á rebajar el número de asignaturas, aunque debe confiarse en que, como hombre de talento, no medirá el de la generalidad por el suyo excepcional y privilegiado. La selección en este particular es relativamente fácil, bastando para ello prescindir de toda simpatía hacia

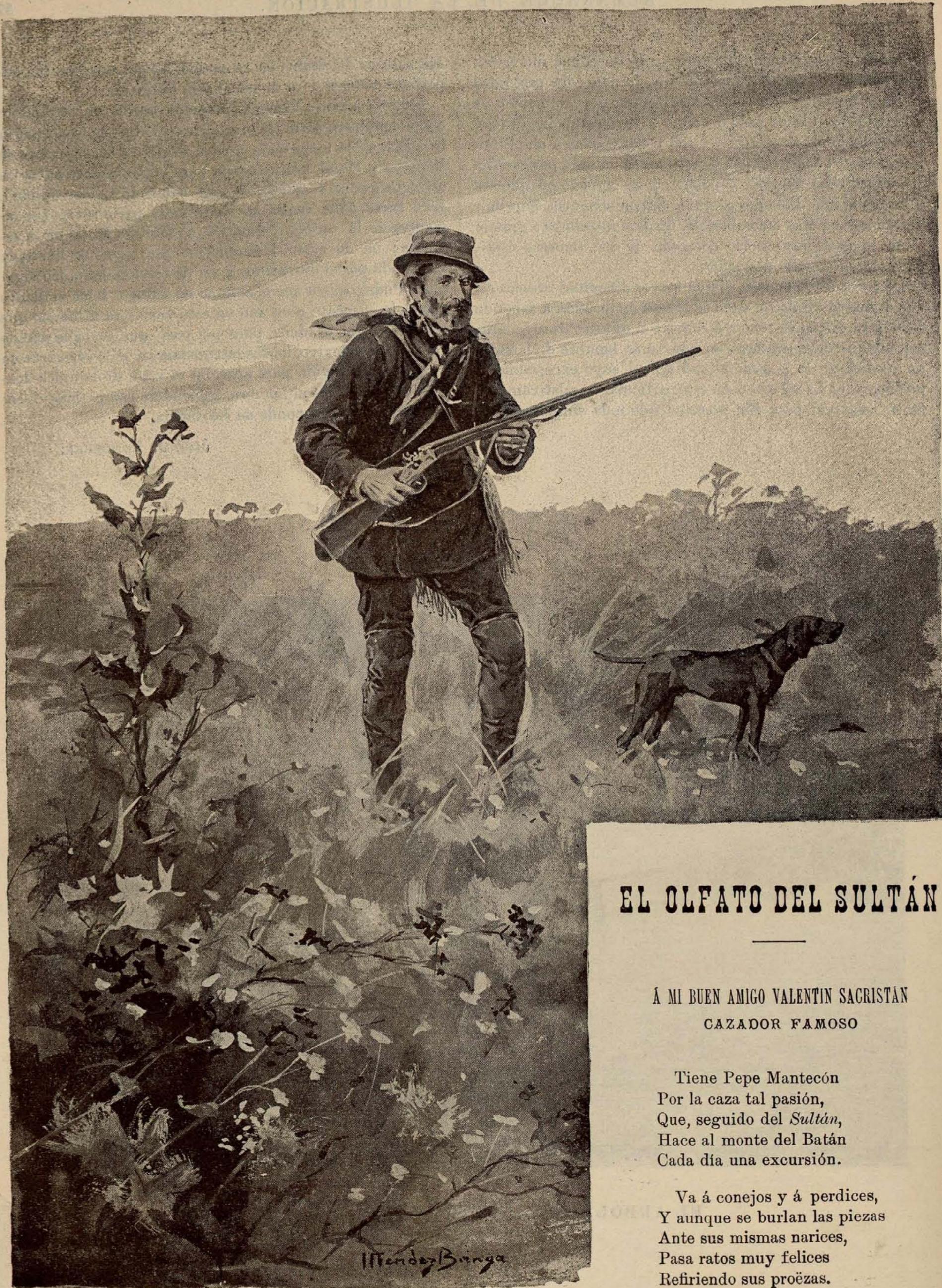
asignaturas determinadas, y excluir las que resulten tan superfluas como el derecho usual y la gimnasia.

Interesa además llamar la atención acerca de otro punto que no enumero entre los precedentes porque su importancia le coloca sobre todos ellos, y es el relativo á la asignatura de Religión y Moral, tan necesaria para atajar cuanto antes los estragos que en la juventud está haciendo la incredulidad. Este curso debe versar en su primera parte sobre fundamentos de la verdad dogmática, y sobre la Moral en la segunda; ha de estar desempeñado por persona ilustrada designada por el diocesano, y ser de lección diaria y obligatorio. Podrá ocurrir que el alumno no adhiera á las verdades que se le enseñan; pero aun en este caso será utilísimo que conozca lo que desdeña, pues por poco que se halle dotado de espíritu reflexivo, hartas circunstancias se le ofrecerán en los azares de la vida para apreciar el valor de la única doctrina que dignifica al hombre, haciéndole comprender el supremo fin á que responde su existencia.

JOSÉ J. LANDERER.



EL ARBOL CONFIDENTE.—CUADRO DE MALATIER.



EL OLFATO DEL SULTÁN

Á MI BUEN AMIGO VALENTIN SACRISTAN
CAZADOR FAMOSO

Tiene Pepe Mantecón
Por la caza tal pasión,
Que, seguido del *Sultán*,
Hace al monte del Batán
Cada día una excursión.

Va á conejos y á perdices,
Y aunque se burlan las piezas
Ante sus mismas narices,
Pasa ratos muy felices
Refiriendo sus proezas.

En fin, su hermano menor
Es médico en Santander,
Y dicen del cazador
Que aun mata más que el doctor.
¡Certo debe de ser!

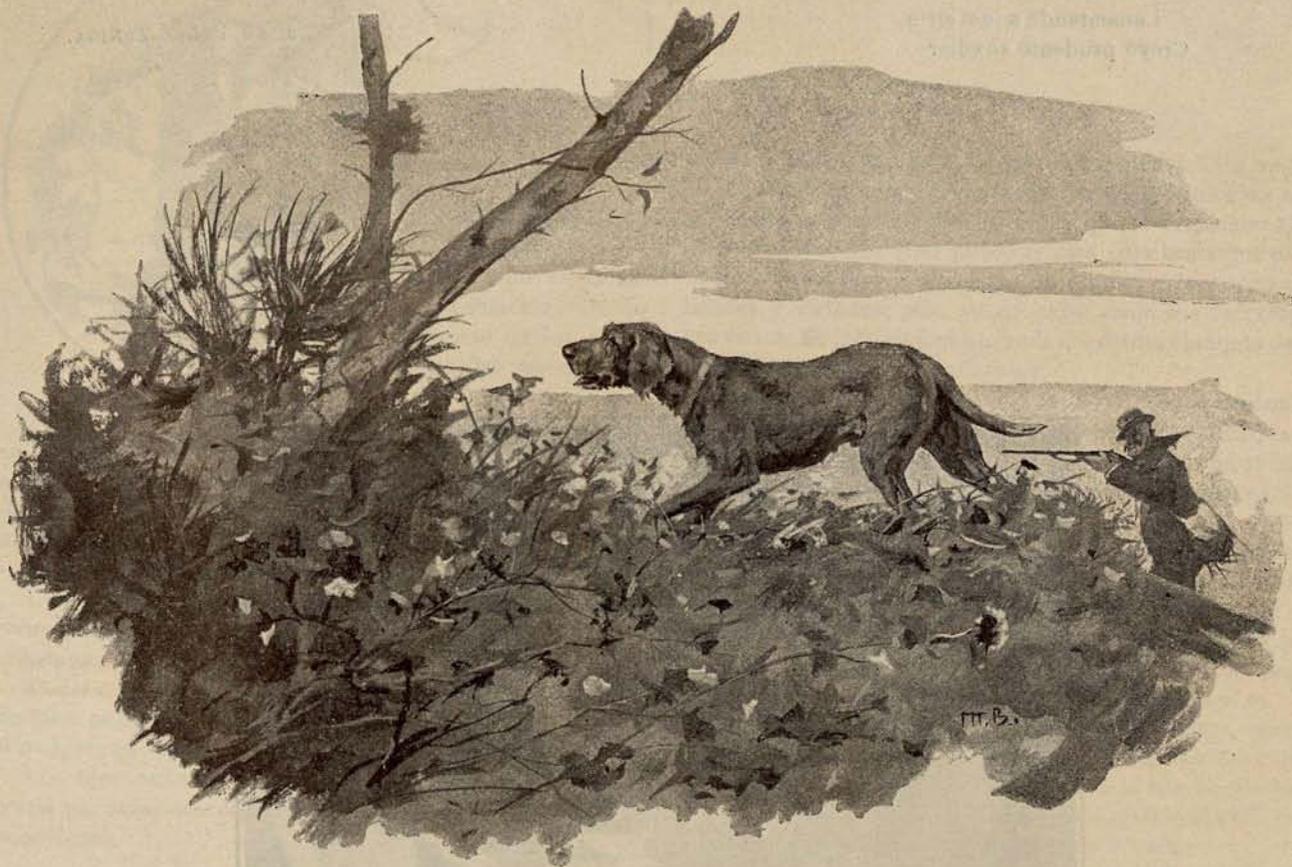
No hay quien le gane á tirar,
Según él suele decir.
¡Qué oportuno al disparar!
¡Qué manera de matar!
¡Y qué modo de mentir!

Cuando persigue á un conejo
Fuera estéril su trabajo
Sin el *Sultán*, perro viejo
Que tiene color bermejo
Y es fino de arriba abajo.

Don José y el perro, en vano
Cruzan el monte y el llano,
Y vuelta va, vuelta viene,
Llegan á un punto lejano
Donde el *Sultán* se detiene.

Baja el perro la cabeza
Y olfatea con cachaza,
Pues nota entre la maleza
El rastro de alguna pieza,
De alguna pieza de caza.

Esto llama la atención
De don José Mantecón,
Que secunda con afán
La importante exploración
Practicada por el can,



El cinegético afán
Del perro es la perdición
De las liebres del Batán,
Las cuales odian al can
Con todo su corazón.

Un día, con la promesa
De no volver á su casa
Sin caza para la mesa,
Mantecón se va á la dehesa
Sin temer al sol que abrasa.

Murmurando para sí
Con marcada buena fe:
«No me cabe duda á mí;
Cuando el can se pone así,
Es que algún conejo ve.»

Llega el *Sultán* á una mata.
Erguido ante ella delata
Que hay algo allí que le inquieta,
Y el amo con la escopeta
De herir al conejo trata.

Hace la mata un vaivén;
El perro en un santiamén
Señala al bulto, según
Costumbre, y el amo ¡pun!
Dispara el tiro muy bien.

Mas ¡horror! la pieza herida
Fué un pastor, que huyó en seguida
Con cierta parte agraciada
Por una perdigonada
Numerosa y escogida.

Salió el can tras el herido,
Y así que le hubo cogido
Llevóle á rastras al lado
De don José en un estado
Que no es para referido.

Lamentando aquel error,
Creyó prudente auxiliar

Al cazado el cazador,
Y así Pepe y el pastor
Se llegaron á explicar:

—¡Señor! ¿Qué emboscada es esta?
—Que así mi perro las gasta.
¿Qué hacías? ¿dormir la siesta?
¿Cuál es tu nombre? Contesta.
—Silvestre Conejo.
—Basta.

Hecha tal revelación
Tiene clara explicación
La conducta del *Sultán*.
¡Es mucho olfato el del can
De don José Mantecón!

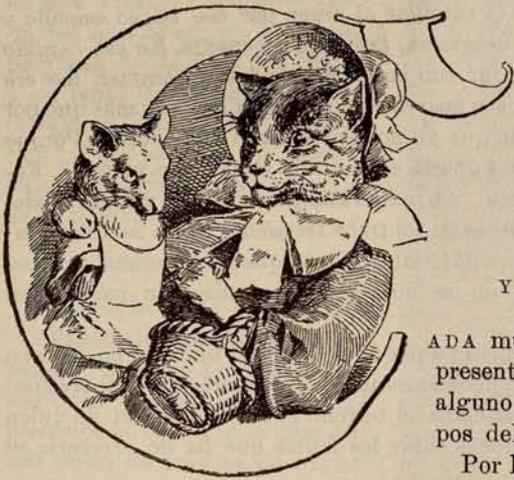
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



MUSICA CLÁSICA.—CUADRO DE HOUSSAY.



DEL VERBO AMAR



I.

YO AMÉ.

ADA mujer es la representación viva de alguno de los tiempos del verbo amar.

Por lo mismo que en la vida pública y en las luchas exteriores de la existencia social no se la reclama, la mujer se reconcentra en las íntimas necesidades de su espíritu, y aparece más egoísta por lo mismo que no despiertan su actividad los intereses *de todos*, de los cuales se ha hecho cargo el hombre *propria auctoritate*.

La vida doméstica es muy pasiva, para la imaginación sobre todo, y la imaginación de la mujer necesita actividad constante.

Su coser es maquinal, hasta cuando no cose á máquina. Su labor es hija de la costumbre, y manual siempre. Sale bien ó mal, sin que la imaginación intervenga.

Los ojos están fijos en el lienzo; pero la imaginación vuela por otros mundos. En sus soledades, la mujer es toda monólogos.



Rosalía habla sola, siéndole tan fácil hablar con su hijo, que allí está cerca, jugueteando, y cuyos gritos alegres sólo sirven para que ella se engolfe más en sus preocupaciones íntimas.

«Yo amé—dice Rosalía;—sí; amé con todos mis sentidos y, lo que vale más, con toda mi alma. Las primeras palabras de Fernando resolvieron el problema de mi existencia. No eran aún de amor, y me parece que las estoy oyendo todavía, porque ellas me ofrecieron ya *mi hombre*, el princi-

pio de la realización de mi sueño de los quince á los veinte.

»A los veintiuno, vi la realidad hermosa bendecida ante el altar, y á Fernando más adorable que el acariciado ídolo de mis sueños. No vi ni pude ver otra cosa hasta que nació nuestro único hijo. Después..... mi marido no era todo cualidades y virtudes; pero yo no quise creer sus defectos ni sus vicios. Mi felicidad, al fin, no la constituía el objeto de mi amor tanto como mi amor mismo.

»Amor conyugal en que entra la levadura del egoísmo y del amor propio, está amenazado de ruina. Sin la caridad y la abnegación, hijas del cielo, el matrimonio es un infierno más ó menos abreviado; y lo que tiene origen celestial debe constituir la fuerza del más débil.

»Yo me armé de esa fuerza para conservar siempre al más fuerte vencido, pero nunca humillado. Fernando—ocioso por rico—se dió á la aventura cuando creyó mi ventura asegurada en la maternidad. Con amor de madre criaba yo á mi hijo; pero además con el encanto de quien da su propia savia al renuevo de un árbol sin cuya sombra no vive.

»La sombra se alejaba; la veía yo alejarse; pero, para no ahuyentarla del todo, la luz de la fe conyugal brillaba siempre en mis ojos; y no sé si la gratitud ó la admiración hacia mi santa calma, me conservaron en mi marido el amor espiritual, que no sufre hastios como el de la carne.

»Yo temía las infidelidades caprichosas de Fernando; pero no le espíe, no di un solo paso para asegurarme de ellas, ni mostré jamás dar crédito á las indiscretas y dañinas confidencias de mis *piadosas* amigas.

»Solo se dan á seguir ese camino fatal las que no están seguras de su fuerza ni aseguradas en su fe, ni quizás lejos de desear el extravío del esposo como presunto justificante de injustificables represalias.

»Si la pena del Talión, con que pretende escudarse la liviandad, fuera una ley del matrimonio, perecería, con la sociedad conyugal, la sociedad humana.

»Sí; *yo amé*. Cuando Fernando vino á mis brazos moribundo, de resultas de un lance de honor que denunciaba una

deshonra, yo velé á su cabecera como esposa, como hermana de la Caridad, como madre amantísima. Mi mayor premio fué su última mirada: en ella, al pedirme perdón, se regeneraba cristianamente su cariño.»

Las lágrimas de Rosalía cerraron el monólogo, compendio de una historia, é interrumpieron la labor silenciosa, sobre la que vino el niño á apoyar su rubia cabeza. Los besos de la madre parecían engendrados por los besos de la esposa. La que amó seguía amando.

II.

YO HUBIERA AMADO.

Rosaura no se olvida jamás de los santos ejemplos de su madre. Antes de dormir, reza.

Ha rezado ya, y entre sus manos tiene todavía la cruz de nácar de su rosario bendito. Sobre sus manos apoya su cabeza, como si huyera de mirarse en el espejo que tiene enfrente, iluminado por una lámpara.



Rosaura es fea, y ha llegado virgen á la edad de las condenadas á *vestir imágenes*. Pero sin desesperación, con una melancolía dulce de resignada, que la hace interesante, mientras que su talento hace olvidar su fealdad, sobre todo á los que de ningún modo podemos casarnos con ella.

Sólo una imagen ha vestido antes de llegar á los cuarenta. Vistió á su bellísima hermana menor, precisamente en el día de su boda. No ya sin envidia, con amor de compañera, con amor de entrañable hermana, se esmeró la pobre Rosaura en realzar los encantos de la novia, á la que, de vuelta de la iglesia, besó en la frente como besa una madre, llorando porque se alejaba, y riendo porque la veía dichosa.

Rosaura ha dejado el rosario, ha apagado la lámpara y se ha metido en el lecho virginal. Pero no se ha acostado del todo, ni duerme. Sentada más bien, y reclina la ligeramente sobre un almohadón de pluma, monologea también, trayendo á la memoria lo más culminante y crítico de su poco accidentada soltería, ya sin crisis posible.

«Yo hubiera amado — empieza diciendo dulcemente Rosaura, y sus palabras quedan entre sus labios como suspiros que no quieren ser oídos más que del pecho que los exhala.

»Yo hubiera amado, pero mucho, por lo mismo que nada tenía que esperar del amor, que, como buen artista, busca la belleza.

»¡Ah! Pero también existe la belleza moral, y, en este concepto, yo me encontraba, me sentía hermosa; tanto, que la hermosura de cuerpo de las otras jamás afeó mis sentimientos ni me desennobleció con los arranques de la envidia. Yo admiraba los encantos de mi hermana como si fueran

obra mía, como si me viera en un espejo, en que nunca me hallé desheredada de la naturaleza.

»Sí, hay belleza moral, y yo sé que esa es la mía, y jamás he hecho alarde de ella ni en la sociedad ni en la familia. De que ésta me la ha reconocido y premiado no tengo duda. Pero en la sociedad se ahonda poco.... Lo que no entra por los ojos no va á buscarse en el fondo del alma. Es un buceo sin peligro y casi sin trabajo para el discreto; pero los hombres, ó se detienen en la superficie, ó buscan el fondo.... de la gaveta.

»Solo hallé un hombre en la sociedad que yo frecuentaba, á quien juzgué—¡tonta de mí!—capaz de cerrar los ojos y abrir el oído del alma para percibir la belleza que no se ve ni se toca.

»Aquel hombre empezó llamándome fea de esa manera discreta con que los revisteros de salones se lo llaman á algunas señoritas del gran mundo. Me llamó simpática.

»Simpatizar es caminar al amor por ese buceo sencillo y natural y, por desgracia, tan poco frecuente. En ese camino podía yo triunfar con aquel hombre, que también me era simpático, por sus aparentes cualidades morales más que por su gentileza, en que yo no reparé tanto como otras. Porque lo que buscaba y quería en él era lo bueno que yo tenía. Reparando en lo otro, me hubiera empuñecido y acobardado.

»En las familias de mi trato frecuente había muchas mujeres bellas ó bonitas, tanto ó más que mi hermana, y *aquel hombre* sólo á mí se acercaba, en bailes, en paseos, en teatros.

»Todos le tenían ya por futuro esposo mío. Yo no. Notaba en él á ratos tendencias contrarias al interés de la pobre *simpática*, que estudiaba el terreno con la serenidad de quien no se hace ilusiones sobre los frutos que ha de ofrecerle su cultivo.

»Mis temores se realizaron. Bajo la ligera gasa azul de mi espiritualista, se descubrió lo que no había aparecido, porque el diablo reservaba para el fin de la comedia su gran recurso. Entre las bellezas sencillas y honestas, surgió de pronto en nuestras reuniones, en nuestro mundo, la hermosura desenvuelta y provocativa de la que todos llamábamos *la viuda*.

»Tan rápido fué el cambio, que á todos sorprendió más que á la que, si no le esperaba tan pronto, le temía. Desde mi rincón, abandonada, no sentía el abandono por mí, sino *por él*, que iba, por la esclavitud de los sentidos, á la conquista de la desventura.

»Yo conocía algo de lo que podía esperarse y temerse de aquella mujer *de historia*. Mi propia dignidad me impidió acudir á la salvación de mi pobre ciego. Por serlo tanto, hubiera visto en mi abnegación el despecho de la envidia y del egoísmo.

»Cayó en brazos de la Circe, en los que halló la cruz afrentosa de su pasión, después de hallar el hastío en el fondo de la copa codiciada. Bien sabe Dios que aún me inspira piedad el digno heredero del primer marido de *la viuda*.

»Soltera sigo; feliz con la felicidad



de mi hermana, á quien ayudo á ser madre. Pero en mis noches tristes me acuerdo de *aquel hombre*, el único á quien yo *hubiera amado*.

Un nuevo suspiro cerró el monólogo, y los ojos de Rosaura se cerraron bajo el dulce y piadoso influjo del sueño.

III.

YO AMARÍA.

Lo más íntimo de Rosario está traducido en una carta á una amiga y dulce confidente. La amistad de las mujeres entre sí suele ser muy problemática; pero cuando existe esa amistad, es siempre confiada y noble.

Esta carta de Rosario es una de tantas hojas arrancadas de esos vulgares libros de memorias que nunca se publican, pero que, dadas á luz con orden y un tanto de corrección de la ortografía femenina, interesarían tal vez más que los epistolarios famosos de algunas escritoras célebres.



Hé aquí la carta de Rosario:

«Mi inolvidable amiga y compañera: Si antes te lo decía en son de ironía alegre de niña despreocupada, ahora te lo digo ya con dejos de tristeza de mujer que va viendo demasiado claro en su destino.

»Compadece á aquella aturdida compañera de colegio, la hija de un Marqués, á la que adorabas por su carácter y á la que envidiabas por su nobleza.

»No sigas envidiando á la que llamabas *tu Marquesita*. Tú no tienes sangre azul; pero es tuya la sangre de tus venas. La mía es la sangre del esclavo. Mi esclavitud está en las exigencias de los timbres de la corona de que soy heredera legítima.

»Tú has elegido ya esposo entre los hombres que han sabido apreciar tus encantos. Yo no puedo elegir, porque en el mundo superficial y frívolo que me rodea hay poco elegible, y al fin tendré que resignarme con *lo que me elijan*.

»Tú amas. ¡Ay! ¡yo amaría!

»Si; yo amaría, si respirase otra atmósfera que no fuese ésta enfriada por un convencionalismo rancio, por lo secular, y antipático como la ley de casta que me sorprendió en la cuna.

»¿Que estaré muy festejada, me dices? ¡Oh, sí, muy festejada! Desde que visto *de largo*, mi vida es una conti-

nua fiesta. *Me bailan* en todos los salones aristocráticos; tengo palco en el Real, tribuna en el Hipódromo, asiento en muchos banquetes diplomáticos, carretela á lo largo de Recoletos y en torno del famoso Ángel caído. Y, sin embargo, yo soy también un ángel que se cae de frío y de aburrimiento.

»Tomarás por genial esta ocurrencia, y te reirás de ella como de otras mías en otro tiempo más venturoso. No, hija, no: esto es muy serio, esto es muy grave. Las costumbres de *mi mundo* me aniquilan. El orgullo de raza preside en todas ellas, y en ellas no arraiga mi espíritu, como no arraiga una planta donde no hay jugo ni ambiente.

»Desde mi palco del Real no me preocupan las galas de mis rivales, ni miro á la platea. Mi vista se levanta hacia el Paraíso y sus bienaventurados, y suspiro y envidia con toda mi alma.

»Á nuestra edad se ama el amor, y, para realizar el sueño que acariciamos, se necesita la libertad del alma, de que yo no gozo, y el ambiente de la verdad pura, que yo no respiro.

»Todo lo que me rodea es mentira, en el terreno en que tú has triunfado, como mereces.

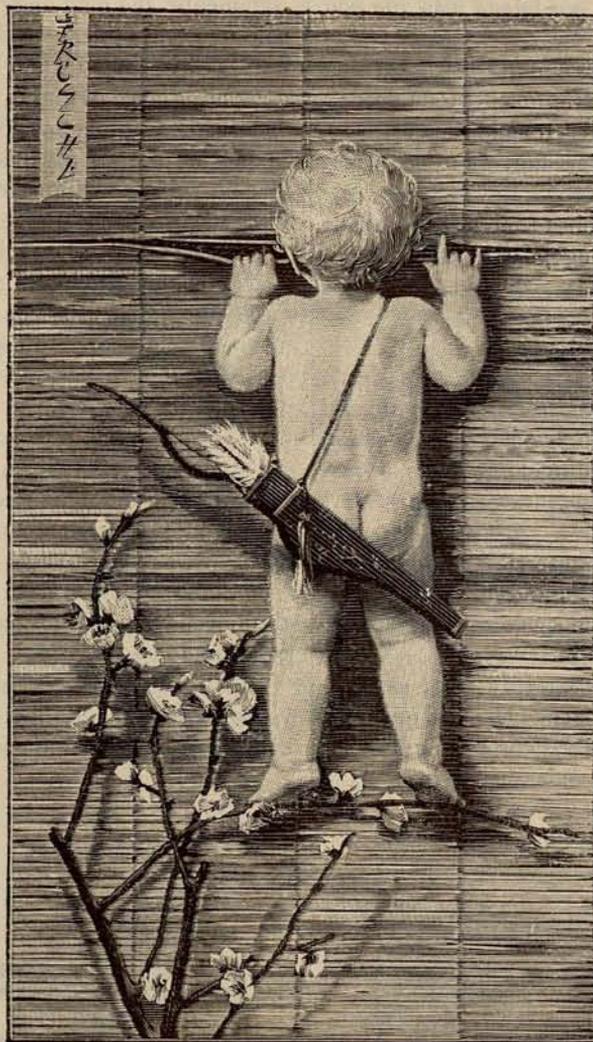
»Una verdad sola encuentro: la indiferencia ó la cortés frialdad de esta juventud tan elegante como disipada y ociosa, que encuentra que han perdido mucho oro los blasones de mi padre. Los jóvenes de mi mundo no se atreven conmigo. Me tratan como á ilustre, me requiebran como á amiga, pero creo que me desprecian por pobre.

»¿Comprendes ya mi destino? Los aristócratas pobres y los plebeyos enriquecidos se dan ahora la mano por interés egoísta, no por espíritu igualitario. La renta perpetua y la cuenta corriente en el Banco se codean ya con nosotros en nuestros salones. El Cresco vulgar aspira á ser marqués ó duque consorte. Una corona, y así cree que ennoblesce sus *negocios*.

»De ahí vienen todos los aspirantes á mi blanca mano. Esta Leonor no ve más que Simplicios de Bobadilla, que á mi mano van renunciando porque yo no los quiero, aunque mi padre los acepte con júbilo.

»¿Aprecias ya mi situación lamentable? Entre los jóvenes fríos, aunque galantes, de mi clase, y los viejos, ó envejecidos en el negocio, que me buscan como figura decorativa de su caja de caudales, yo me ahogo, amiga mía, con ansia de más limpia atmósfera.

»Porque yo, como tú, necesito amar. ¡Yo amaría!



IV.

YO AMO.

Del tan conjugado verbo, ese es el tiempo más natural y corriente en el corazón, mas que en los labios, de la mujer.

Porque hay mujeres que, por su situación excepcional, no dirán con los labios lo que allá, en su fondo, están repitiendo á todas horas.

Hay mujeres que siguen amando después de dejar de amar á aquel á quien *deben* el amor. ¡Con qué terrible silencio se rompen algunos lazos sagrados!

Rosa no ha podido romper lazo alguno. Su estado es todavía *el de merecer*, y mucho merece, por buena más que por hermosa y rica.

Si fuera más pobre, sería más feliz, aunque de seguro menos envidiada. Tiene pocas amigas, ninguna del todo verdadera, y así desahoga su corazón emborronando las páginas de un librito elegantemente encuadernado, que ella titula «Mi diario íntimo».

En ese libro hay estampadas muchas tonterías de niña. Pero véase bien esa especie de monólogo, escrito en las altas horas de la noche de un día solemne.

«Por fin voy á descansar, ya que dormir me sería imposible. Mi descanso, mi único consuelo, le encuentro en estos sencillos desahogos de mi corazón, sobre el que pesan tantas amenazas, sin que espere la única ventura con que sueño siempre.

»¡Qué día el de hoy! ¡Qué lucha tan terrible la de mi voluntad, guiada por la fe, contra la voluntad de mi buen padre, llevado por el egoísmo, en el que encierra equivocado el interés de mi existencia!

»Grande desventura es ser inmensamente rica, sin ser espléndidamente hermosa. Tampoco puede decirse que soy fea; pero sobre mis pobres encantos físicos brillan los esplendores de una fortuna de que soy única heredera.

»Siendo yo tan niña, no ha habido un hombre que me haya hablado de amor bastante hábil para engañarme. Los suspiros por mi dote se denunciaban en lo vulgar de su apremiante galanteo.

»Mi padre me tiene por una estafalaria romántica, sólo porque me muestro herida ante el desnudo y miserable realismo de una codicia heredada. Porque mis presuntos adoradores todos han venido á mí por el consejo de sus padres, conocedores de la mayor fortuna del mío, como consocios ó compañeros de armas en las campañas *del tanto por ciento*.

»Descansaba hace tiempo de esos ataques á mi dignidad de mujer, amparados con el mejor deseo por mi padre, cuando éste llega hoy á mí seducido por la perspectiva de un título de nobleza para su hija adorada cuanto atormentada.

»Una sola vez me habló el Condesito en un baile, y, aturdidamente, me hizo una de esas declaraciones de amor que sólo una tonta puede tomar en serio. Hacía tiempo que oía hablar de él como de uno de esos jóvenes disipados y ociosos de la alta sociedad que se pasan la vida entre las conquistas fáciles y los azares del juego, regalando á las conquistadas lo que no alcanza á saldar sagradas deudas. Un título, en fin, en ruina, que quiere á todo trance reconstituirse por virtud de un falso juramento.

»Yo lo conozco: mi padre no ve claro de tanto mirar por el porvenir de su hija única. Y yo no acabo de convencerle. Cada caso que se presenta es una lucha entre él y yo, y la última ha sido para él más desesperada, porque no veía otra cosa sino que yo despreciaba algo grande que él no puede dejarme por herencia.

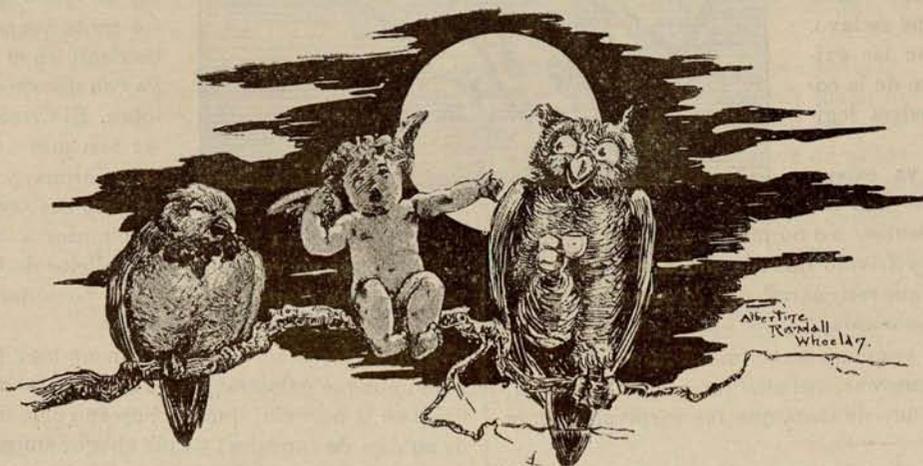
»Empeñado está el pobre en que yo tengo un amor oculto que me impide aceptar tan valiosos ofrecimientos.

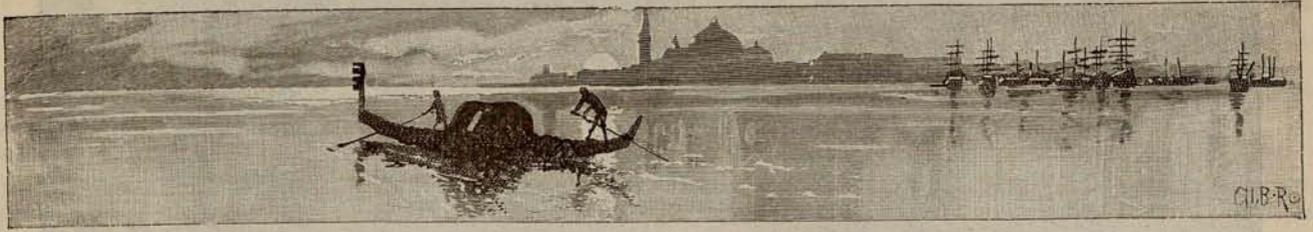
»¡Ah! sí; yo tengo un amor; el amor á un hombre que ha pasado junto á mí en silencio; á un artista pobre pero orgulloso, que sé que huye de mí porque sabe que soy rica.

»¡Cómo condenaría mi padre este romanticismo! ¡Amar al que calla y huye! ¡Amar una sombra! Pero ¿quién podrá negar que *yo amo?*.....»

Rosalía, Rosaura, Rosario, Rosa..... Cuatro tiempos del verbo; compendio de la vida de cuatro mujeres, hecho sinceramente por ellas mismas.

EDUARDO BUSTILLO.





TRADICIONES ESPAÑOLAS

La raza de los ancianos que transmitían fielmente á sus nietos los hechos del pasado ha desaparecido hace ya largos años de las tierras españolas.

Más de cien veces he visitado rincones ocultos por ásperas montañas ó recorrido extensas cañadas, y en ninguna fui lo bastante afortunado para recoger de labios de los guías, ó en las pobres chozas donde busqué reposo, las historias misteriosas, con personajes de novela y sucesión de hechos muy ordenada, que diz escuchaban á cada paso los antiguos viajeros.

Muchas noticias estupendas llegaron á mis oídos.

Ante profundas simas ó cuevas oscuras repitióse en cien formas el dato de pavorosos ruidos subterráneos y desaparición eterna de los imprudentes que habían querido explorarlas; los paredones ruinosos de las más diversas edades y aspectos recordaron siempre á mis acompañantes *las obras de los moros*; almas en pena y brujas de la vecindad hicieron el gasto en breves cuentos; en medio de los encinares me recomendó prudencia más de un patriarca manchego si no quería tropezar con la temible *alicántara*, que se arroja como una flecha y mata, por más que nunca pude adquirir un solo ejemplar para mi colección de naturalista; pero todas las extravagancias de orden moral ó físico que entretuvieron mis momentos de descanso, distaban mucho, por su asunto y forma, de las bien ó mal llamadas tradiciones populares.

Se presentan éstas en los tiempos que corremos con un carácter más literario que espontáneo. Olvidadas de los aldeanos, si es que alguna vez las conocieron; referidas con gran lujo de detalles eruditos por las gentes de las villas y pueblos que más presumen, y no sin razón, de conocedoras de su comarca; ocultas bajo las galas en que imprimieron el sello de su estilo los escritores que las publican en sus libros, han perdido todas las condiciones de rústica sencillez, adquiriendo, en cambio, acentos ligeros de narraciones clásicas ó aroma más penetrante de leyendas germanas, en que se mezclan y confunden opuestos recuerdos.

Obsérvese, sí, el paso de unas á otras regiones de la misma idea adaptada á gustos distintos y cubierta por diferentes ropajes, que, con parecer variados, no lo son lo bastante para borrar la comunidad de origen. Refiérense unas á damas

hermosas y fantásticas que aceptan el amor de apuestos galanes, hasta que una palabra inoportuna rompe el encanto y la felicidad. Hay otras en que juegan crímenes horrendos, rudas expiaciones y prodigios anunciadores del perdón para los culpables. Aparecen en varias cabezas cortadas, con vida suficiente para pedir clemencia ó reclamar justicia, y quedan todavía en alguna que otra noticias de pactos con el diablo, siendo éstas las que más rápidamente se inclinan, desde hace ya largos años, al aspecto cómico y burlesco.

Recuérdense, entre muchas de las primeras, dos, tomadas de extremo á extremo de nuestra Península: *la mujer de agua*, referida á las misteriosas lagunas del *Monseny*, que es asunto de un lindo cuento de Balaguer; y *la dama del pie de cabra*, publicada por Herculano. En las dos hay un cazador sorprendido en medio de la selva por una dulce voz que canta amores, y en ambas aparece bellísima mujer que acepta los desposorios con el galán fascinado, á condición de no pronunciar jamás una cierta palabra. Al cabo de varios años de felicidad dice el caballero la frase vedada en un instante de mal humor, destruyendo en seguida con su imprudencia el encanto de la singular unión. *La mujer de agua* pide á su esposo que no la llame de este modo; *la dama del pie de cabra*, que no repita en su presencia el nombre de Jesús. Cuando el noble falta á la solemne promesa la primera huye de la casa, sorda ya á sus ruegos, y se arroja en el lago para devolver quizás aquel hermoso cuerpo á las aguas, de cuyos vapores se había formado; mientras que la segunda se descompone, se transforma en horrible espectro, y trata de recoger sus hijos para arrastrarlos con ella á los recintos infernales, donde ha de convertirse para todos en fuego eterno, el fuego de la culpable pasión.

De los amores entre vivos y fantasmas puede pasarse, cambiando radicalmente de género, á los crímenes y sus expiaciones. Dos tipos muy marcados y comunes de tales leyendas se presentan en Cataluña y en Navarra con el hermitaño del Montserrat *Juan Garín* y el noble *Teodosio Goñi*, fundador de *San Miguel in excelsis*.

La primer figura es ya de sobra conocida por cantos de poetas, libretos de óperas y hasta chocarrerías caricaturas. El hermitaño del Montserrat, que atropella la virginidad de



BERGSC

UNA LIMOSNITA POR DIOS.—CUADRO DE PERRAULT.

la noble doncella confiada á su guarda y la asesina luego para ocultar su delito, corre por montes llorando su culpa y perdiendo el aspecto de sér humano, hasta que Dios le perdona y resucita pura á la joven, cual si la violencia hubiera sido sueño pecaminoso y no hecho real.

La segunda merece referirse, siquiera sea á la ligera, porque la preciosa narración publicada por el Sr. Madrazo no se ha popularizado tanto como la anterior.

El caballero navarro *Teodosio Goñi* parte á la guerra dejando la guarda de su honor conyugal á una mujer joven y hermosa. Desea la dama defenderse contra la posible maldicencia, buscando la compañía de sus padres políticos, y para honrarles más les cede la cámara nupcial, retirándose ella á una habitación contigua. Vuelve una noche á su Castillo el noble combatiente; el *diablo*, ó sus celos, le aconsejan en mal hora sorprender á su esposa; llega á su cuarto, siente en el lecho la respiración de dos personas y, ciego de ira, hunde repetidas veces su puñal en aquellos cuerpos, que á los pocos momentos reconoce por los de sus padres. Impónese entonces la misma penitencia que Juan Garin, y acaba también la tradición con un prodigio anunciador de la clemencia celeste, que mueve su voluntad á construir la capilla que existe en la sierra de *Aralar*.

Ambas leyendas comienzan con el juego de pasiones muy humanas y acaban en la intervención divina, necesaria para el perdón de enormes delitos, como principiaban y concluían muchas obras dramáticas de nuestros autores clásicos más conocidos.

Entre las cien historietas de pactos con el demonio, no creo haya ninguna de forma más cómica que la relacionada con la construcción del acueducto de Segovia, hoy ya olvidada de todos y referida con adiciones burlescas por el autor de *Recuerdos de un viaje por España*.

Los habitantes de la histórica ciudad tenían que buscar muy lejos, en otros tiempos, el agua que bebían.

Caminaba cierta noche la sobrina de un Cura cargada con su cántaro vacío cuando hubo de ocurrírsele el mal pensamiento de ahorrarse la fatiga dando su alma al diablo, no sé si en las mismas ó en distintas condiciones en que hoy siguen dándose á Becelbú otras mozas para transformarse rápidamente de aldeanas trabajadoras en señoritas ociosas.

Cruzar por su mente aquella idea y aparecer á su lado un esbelto joven vestido de negro, fué obra de un instante. Preguntóla con exquisita cortesía si estaba dispuesta á man tenerse en sus propósitos. Turbada, quizás por la singular belleza y elegancia del personaje, le respondió que sí la muchacha, y el joven tocó entonces con una varita el cántaro que se llenó de agua, retirándose en seguida tan discretamente como un enamorado ducho en enredos, después de anunciarla que recibiría su visita á la media noche.

Pueden ustedes figurarse cómo volvió á casa la pobre chica.

Hubo de contar á su tío el lance, y éste, pensando rápidamente en un remedio para el mal, dispuso que su sobrina atrasase una hora justa el reloj de la Rectoral y colocara el calderillo del agua bendita detrás de la puerta.

Llamó el diablo á las doce en punto; recibióle el buen sacerdote con la cruz y el hisopo; quejóse Satanás de que se le tratara de aquel modo cuando iba por lo que era suyo, y replicóle el Párroco censurando la mala fe que argüía haber pactado con una menor de edad, cosa contraria á las leyes castellanas.

Después de acalorada disputa acordaron ambos una transacción, obligándose el Clérigo á cederle su sobrina si el otro se comprometía á construir un acueducto que sirviera abundantes aguas á toda la ciudad antes de rayar el alba. Miró el reloj el diablo, pero como estaba atrasado, fallaron sus cálculos, y al comenzar el día faltaban algunas piedras por colocar.

Así se salvó un alma del infierno y quedaron servidos los moradores de la noble Segovia.

Varias leyendas, contadas en Aragón, tienen más sabor local y más plausible seriedad. Relacionase una con la iglesia de la Seo en Zaragoza, y refiérese la otra á un sangriento suceso ocurrido en el *Cinto de Tarazona*. En las dos se mueven, se trasladan á distancia y hablan las cabezas de ajusticiados. La primera para pedir confesión al buen Prelado don Lope de Luna; la segunda para proclamar la fe del hombre á quien pertenecía gritando tres veces *credo*, y ambas quedan inmóviles desde que logran su propósito.

Pocas investigaciones científicas podrán tener más interés humano que las históricas acerca del cambio de los sentimientos é ideas de las masas y los estudios de ese *alma del pueblo*, que hoy por hoy se separan poco de los principios más vagos y generales.

Mucho servirían para los trabajos de los hombres serios las leyendas populares españolas, de ser conocidas en su verdadera forma, determinable la fecha en que cada una se creó, el país de origen y las transformaciones sufridas al ir pasando de unas á otras comarcas; más, por desgracia, la mayor parte de las tradiciones que hoy poseemos parecen inventadas en la época en que se *fabricaron* toda clase de falsos documentos y no fruto natural y espontáneo de la fantasía popular.

De desear sería, sin embargo, que se reunieran y clasificaran hoy de nuevo en una obra, que no dejaría de ofrecer lectura sabrosa, mientras la comparación y el análisis permitían obtener de ellas resultados de mayor provecho.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.





El poema de las lágrimas

Et la rose parlant le langage des roses
Dit: «J'aime les chansons de tes deux lèvres roses.»
A. HOUSSAYE.

I.

Una blanca beldad fascinadora
De rubia trenza y seno floreciente,
De ojos azules como tersa fuente,
Y risa más alegre que la aurora,
Por ameno jardín, que el sol colora,
Camina placentera y diligente,
Cuando su limpia falda transparente
Prende un rosal con rama punzadora.

Dichoso acariciando á la hermosura,
Se estremece el rosal, como una llama,
Al romper la beldad su ligadura.

Pétalos rojos llueven de la rama.....
Es que el rosal, perdida su ventura,
Llanto de sangre por la infiel derrama.

II.

Esplendores magníficos, brillantes
Curvas de plata y majestad divina
Muestra su cuerpo escultural de ondina,
Al salir de las olas murmurantes.

Las tembladoras gotas rutilantes
Con que ciñera el agua cristalina
Su inmaculada frente alabastrina,

Fingen regia corona de diamantes.

A la luz cegadora que desprende
Su desnudez triunfante y deliciosa,
En gentilico amor todo se enciende.

Da en su cabello el sol besos de oro,
Y el mar, abandonado por la hermosa,
Vierte á sus blancos pies amargo lloro.

III.

La beldad, sonrosada como el día,
Esparcido el raudal de su cabello
Por la mórbida espalda y níveo cuello,
Llega al arroyo de la verde umbria.

Un vaso llena en la corriente fría;
Y al rozarlo, después su labio bello,
Tiembla el vaso, feliz; lanza un destello,
Y campo y sol refleja en su alegría.

Cuando su viva sed siente aplacada,
La hermosura retira, indiferente,
El cristal, de su boca de granada.

Tórnase triste el vaso, antes riente,
Y por su faz de nieblas empañada
Se desliza una lágrima luciente.

IV.

Suspiran los ardientes ruiseñores,
Llena la luna el mar, valles y lomas,
Y, en álamo frondoso, dos palomas
Cambian roncros arrullos gemidores.

La bella viste encajes, raso y flores;
Y, cual rocío en las fragantes pomas,
En su pecho gentil lleno de aromas
Lanza un collar de perlas sus fulgores.

Un dichoso amador, en tierno lazo,
Á la beldad fascinadora oprime,
Besándola en su labio de escarlata.

Y, á la presión del venturoso abrazo,
Roto el collar de perlas, dulce gime
Y en lágrimas radiantes se desata.

V.

Vierte el mustio rosal llanto encendido;
Del vaso rueda lágrima luciente;
Llora el collar de perlas refulgente,
Y llora el mar, y estalla su rugido.

Llora también el amador rendido:
Que la beldad de inmaculada frente
Es estatua de mármol esplendente.....
Y en el mármol jamás vibró un latido.

Todo tiene una lágrima ó lamento,
Todo..... menos la bella seductora,
Causa de tanto mal y hondo tormento,

Que, arrogante, impasible y triunfadora,
Responde á los dolores dando al viento
Su risa más alegre que la aurora.

MANUEL REINA.



RETRATO DE LA SEÑORITA C. F.—POR GILL.

VASCO DA GAMA

La duodécima edición del *Diccionario de la Lengua Castellana* (1884) por la Real Academia Española, define la palabra *Historia* en la forma siguiente: «Narración y exposición verdadera de los acontecimientos pasados y cosas memorables. En sentido absoluto se toma por la relación de los sucesos públicos y políticos de los pueblos, pero también se da este nombre á los sucesos, hechos ó manifestaciones de la actividad humana de cualquiera otra clase. *Historia de la Literatura, de la Filosofía, de las Artes, de la Medicina.*» Esta definición señala con exactitud lo que generalmente se ha entendido, y aun se entiende, por *Historia*, á saber, la relación de los acontecimientos de pública notoriedad y universal resonancia, como lo son, sin duda, las guerras y revoluciones, el entronizamiento de los tiranos y la ruina de los imperios; en suma, lo que puede llamarse historia política de las naciones. Pero ha de observarse que esta historia política, esta narración de las *cosas memorables*, pertenece, indudablemente, á una manifestación parcial de la actividad humana, tan parcial como lo es el Derecho público y la Milicia, ó sea, el arte de la guerra.

Reducida la titulada historia general de cada nación á lo que puede llamarse esfera del Estado político, porque la Milicia es también la ciencia del Estado en guerra, acertaba, sin duda, el publicista francés Mably cuando decía que la *Historia* era la enseñanza propia de los príncipes, esto es, de los jefes del Estado; pero se equivocaba si suponía que la ciencia de la *Historia* no debía ser algo más, mucho más, que maestra de príncipes, porque ha de ser, andando el tiempo, lo que presintió Cicerón, maestra de la vida, cumpliéndose así lo que ha dicho un profundo pensador: la humanidad se educa en su *Historia*.

Los falsos conceptos que regían en el modo y la forma de escribir la *Historia* se han puesto de manifiesto cuando, habiéndose realizado un hecho de universal resonancia, que no pertenecía al orden político, ha sido necesario consignar este hecho en los anales del mundo, y singularmente en las llamadas historias generales de Portugal y de España. Acostumbrados los historiadores á tratar de asuntos políticos, cuando tuvieron que ocuparse en relatar la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo creyeron que podían ha-

cerlo sin previos y especiales conocimientos de ciencias muy diferentes á las que se relacionan con el gobierno de las sociedades humanas. Era el descubrimiento del Nuevo Mundo un hecho geográfico, realizado por medio de la navegación en mares hasta aquel entonces desconocidos; y por lo tanto, la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo había de ser tratada como formando parte de la historia de la Geografía y de la Náutica. No sucedió así ciertamente, y por esta causa, groseros errores científicos pasaron plaza de verdades incontrovertibles en lo que bien pudiera llamarse, historia fabulosa del descubrimiento del Nuevo Mundo, que es lo que hasta hace pocos años ha pasado por *narración y exposición verdadera*, como dice la Academia Española, de aquel memorable acontecimiento. Y si se cometían grandes errores en la apreciación de los hechos al tratar del descubrimiento del Nuevo Mundo sin los especiales conocimientos que el caso requiere, es lógico que estos errores se transmitiesen á los juicios que habían de formarse acerca del mérito comparativo de los navegantes descubridores y de los personajes que en sus empresas intervinieron. Sin duda por el motivo que de indicar acabamos, el ingenioso cronista de *La Ilustración Española y Americana*, nuestro buen amigo D. José Fernández Bremón, ha recordado con oportunidad, en ocasión análoga á la presente, los versos de uno de nuestros más insignes dramaturgos, que dicen así:

Los sucesos portentosos
Y de todos admirados,
Los emprenden los osados,
Los acaban los dichosos.

Es cierto. Los nombres de los osados navegantes Juan de Santarem y Pedro de Escobar, que en el año de 1471 pasaron por vez primera la línea equinoccial, están casi olvidados; y sin embargo, Juan de Santarem y Pedro de Escobar, antes que Diego Cam, Juan Infante y Bartolomé Días, disiparon los terrores que inspiraba la navegación en la zona tórrida, y contemplaron el firmamento del hemisferio austral, que descubridores muy famosos jamás llegaron á ver.

Podríamos citar otros distintos ejemplos en que se olvidan las hazañas de los osados para celebrar la gloria de los

dichosos; pero tales disquisiciones nos alejarían del asunto en que ahora hemos de ocuparnos, á saber, señalar el puesto que de justicia corresponde al inmortal portugués Vasco de Gama entre los inmortales navegantes que descubrieron el Nuevo Mundo. Las ideas que hemos de exponer podrán no ajustarse á la verdad histórica, que no presumimos de infalibles; pero si nos equivocamos no será por cuenta propia, si no respetando la autoridad de grandes geógrafos é historiadores de la Geografía, cuyas enseñanzas nos parecen de todo punto acertadas (1).

Sabido es que el príncipe D. Enrique, llamado el Navegante, y el rey D. Juan II de Portugal, habían promovido sin descanso durante el siglo xv la exploración de las costas de África en el Océano Atlántico, con el fin de encontrar el camino marítimo de las Indias, región maravillosa en que perfumes nunca olidos, especias nunca gustadas y preciosidades nunca vistas brindarían á los navegantes que á sus playas llegasen, así el goce de los sentidos como la posesión de las riquezas que la conquista de aquellas tierras ó el comercio con sus habitantes fácilmente producirían. Las expediciones marítimas tan constantemente preparadas ó promovidas por el infante D. Enrique de Portugal y por el rey D. Juan II dieron como satisfactorio resultado la total exploración de las costas de África en el Océano Atlántico y el descubrimiento de las últimas tierras del continente africano en el hemisferio austral, que hizo el

intrépido Bartolomé Dias navegando aun más allá de los 35 grados de latitud Sur en el año de 1486.

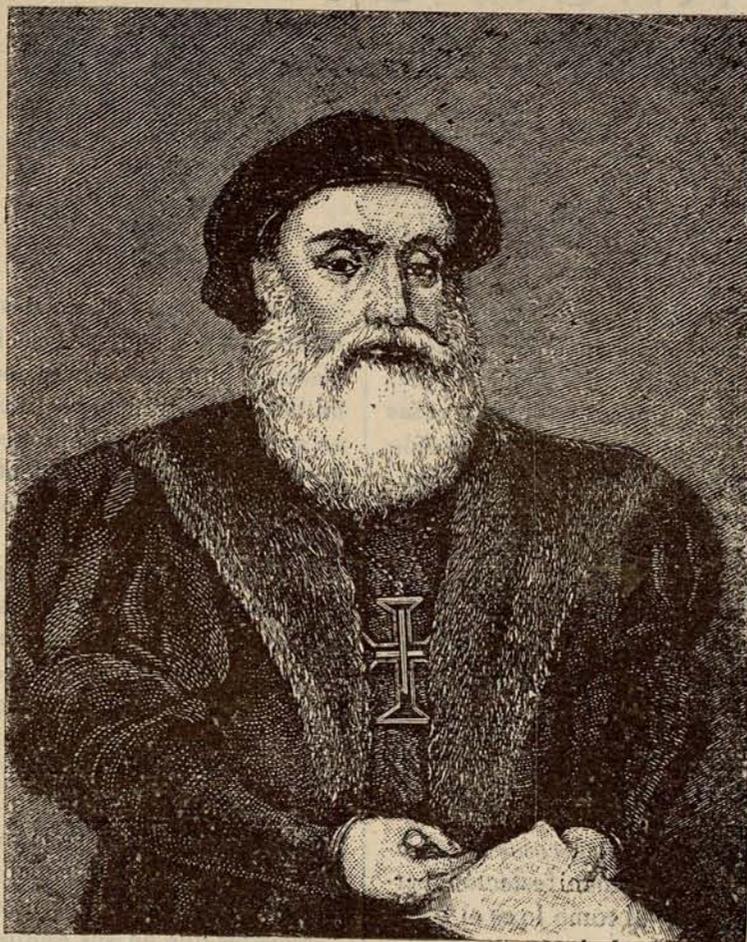
Antes de que las naves portuguesas llegasen á las costas occidentales de la India por el camino marítimo que habían emprendido al comenzar el siglo xv, las tres famosas carabelas castellanas que á las órdenes de Cristóbal Colón salieron de la isla de la Gomera el día 6 de Septiembre de 1492, llegaron, el 12 de Octubre del mismo año de 1492, al archipiélago de las Lucayas, que se supuso se hallaría

muy próximo á las costas orientales de las anheladas tierras de la India; y así pareció, en aquellos días, que el camino marítimo de Asia, que siguiendo el rumbo hacia Oriente no se había podido encontrar en largas y repetidas navegaciones durante cerca de un siglo, se había hallado siguiendo el rumbo de Occidente, en una navegación que sólo había durado treinta y tres días, según afirmaba Cristóbal Colón en su conocida carta al tesorero Gabriel Sánchez.

Era natural que los marinos portugueses sintiesen honda pena al ver conseguido en corta y feliz navegación lo que vanamente habían procurado realizar durante largos años, aun cuando algún consuelo tendrían al saber que en las tierras descubiertas por Colón no se hallaban ni las perlas ni el oro con la sin igual abundancia que debían hallarse, según se decía, en los viajes de Marco Polo. Avivado,

pues, el afán patriótico de los portugueses de llegar á la India por el camino que hacia tanto tiempo habían emprendido, el rey D. Juan II se disponía á cumplir los deseos de su pueblo; pero la muerte atajó sus proyectos, y fué su sucesor D. Manuel, llamado el Afortunado, quien dispuso se organizase la expedición que llevó á cabo el descubrimiento del camino marítimo de la India é inició, según demostraremos más adelante, el descubrimiento de Oceanía.

Dicen los historiadores que el rey D. Manuel siguió fielmente el plan de la expedición á los mares de la India que había trazado D. Juan II, y estando ya designado Vasco da Gama para mandar esta expedición, confirmó su nombramiento, que á primera vista no parece justificado, porque viviendo el descubridor del cabo de Buena Esperanza,



VASCO DA GAMA

DESCUBRIDOR DEL OCEANO ÍNDICO É INICIADOR DEL DESCUBRIMIENTO DE OCEANÍA

(1) Para escribir estos apuntes biográficos hemos consultado, además de los notables escritos del Vizconde de Santarem, de Fernández de Navarrete, E. Harrisse y Alejandro de Humboldt, las siguientes obras: *Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos*, por Mr. Vivien de Saint-Martin; *Historia de la Geografía*, por Malte-Brun; *Nueva Geografía Universal*, por Eliseo Reclus; *Historia de la civilización ibérica*, por Oliveira Martins; *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo*, por Pinheiro Chagas, y otros muchos libros, folletos y artículos de los Sres. Teófilo Braga, Baldaque da Silva, Conde de Casal-Ribeiro, Lópes de Mendonça, Accacio Roza, Joaquín Araujo y de otros varios escritores portugueses, cuyos nombres y títulos de sus obras pasamos en silencio, para no alargar en demasía esta nota intertextual.

viviendo el navegante que había visto el término de las tierras africanas en el hemisferio Sur, nada más natural que haber confiado á tan valeroso y experto marino la terminación de la empresa en que ya había alcanzado renombre imperecedero.

Por algún motivo que hoy desconocemos, ó sin motivo que pueda justificarlo, es lo cierto que no fué Bartolomé Dias, sino Vasco da Gama la persona designada para mandar la escuadra que zarpó de Restello en el día 8 de Julio de 1497; pero antes de seguir adelante, hemos de dar aquí algunas noticias biográficas del famoso descubridor del camino marítimo de las Indias.

Nació Vasco da Gama en Sines, puerto de mar no lejano de Lisboa, que pertenece á la provincia de Alentejo. Fueron sus padres Esteban da Gama y su legítima mujer doña Isabel de Sodre. La fecha de su nacimiento es incierta y fluctúan las opiniones desde el año de 1450 al de 1469. En portugués, lo mismo que en español, *Gama* significa la hembra del gamo, y teniendo esto en cuenta, claro es que se comete un pequeño error cuando se dice Vasco de Gama, puesto que debiera decirse Vasco de la Gama, para traducir con exactitud el nombre de Vasco da Gama.

La familia de Vasco da Gama figuraba desde el reinado de Alfonso V de Portugal entre los favorecidos por la fortuna ó encumbrados por su mérito personal, que de ambos modos se llega á las alturas del poder público. Esteban da Gama, abuelo de nuestro Vasco, fué alcaide de Sines, cargo que después desempeñó su hijo, que, como ya sabemos, también se llamaba Esteban por su nombre de pila.

De la vida de Vasco da Gama durante su juventud se sabe muy poco. Se afirma que desde muy temprano se dedicó á la profesión marinera, que hizo grandes navegaciones y que de este modo supo, por propia experiencia, muchas cosas que jamás pueden aprenderse en cátedras ni en libros, cuando se trata del arte en sus inmediatas aplicaciones prácticas.

Grande debía ser la fama de hábil y valeroso navegante que llegó á alcanzar Vasco da Gama, cuando el rey don Juan II, prescindiendo de los servicios que ya había prestado el descubridor del cabo de Buena Esperanza, Bartolomé Dias, le designó, como ya antes dijimos, para mandar las naves que habían de descubrir el camino marítimo entre Portugal y las costas de la India. Como ya también hemos dicho, el rey D. Manuel respetó el nombramiento que había hecho su antecesor en el trono portugués, y así, Vasco da Gama, ostentando la categoría de Capitán Mayor, tomó el mando de la escuadrilla que había de terminar gloriosamente la fecunda labor emprendida por los heroicos navegantes portugueses, desde los comienzos del siglo xv.

El capitán teniente de la armada portuguesa D. Juan B. d'Oliveira, en su estudio histórico titulado: *Los navios de Vasco da Gama*, dice, que el *San Gabriel*, que mandaba el Capitán Mayor, medía 120 toneladas; que el *San Rafael*, mandado por su hermano Pablo da Gama, era de 100 toneladas, y que el tercer barco, llamado el *San Miguel* (antes *Berrio*), era de 50 toneladas y lo mandaba Nicolás Coelho. Además formaba parte de la escuadrilla otra nave cargada de bastimentos, que medía 200 toneladas y estaba mandada por Gonzalo Nunes. Dice el Sr. Oliveira que el tonel que servía de unidad de medida de estos buques había de tener siete palmos de altura y cinco y medio en su mayor diámetro. Entre marineros y soldados iban en la escuadrilla 160 hombres.

No cabe en los límites de estos apuntes biográficos la narración del primer viaje de Vasco da Gama, y bastará decir que el 20 de Mayo de 1498 vió cumplidos sus deseos y los de su patria el gran navegante portugués, fondeando sus naves en el puerto de Calicut, situado en las costas occidentales de la India. Se había descubierto el camino marítimo de la India, y obsérvese que este camino con-

ducía también á las costas occidentales de tierras que pertenecían á lo que en el siglo xvi se llamó Nuevo Mundo, puesto que las islas de la Sonda, que forman parte de Oceanía, sólo se hallan separadas del continente asiático por el estrecho de Malaca. Se puede decir, por lo tanto, que Vasco da Gama había descubierto el camino marítimo que conduce á los límites occidentales de Oceanía.

Vasco da Gama, á semejanza de lo hecho por Cristóbal Colón en su primer viaje, al disponer su regreso á Lisboa aprisionó á varios indígenas de Calicut, para presentarlos como muestra, digámoslo así, de las gentes que poblaban las tierras en que había desembarcado. El P. Las Casas censuró agriamente lo hecho por Cristóbal Colón con los pobres indios que condujo á España contra toda su voluntad, y la misma censura cabe lanzar sobre la memoria de Vasco da Gama por un hecho igual y menos disculpable; porque si era dudoso que en las Indias Occidentales existieran seres humanos, no lo era que la India estaba poblada desde la más remota antigüedad.

Vasco da Gama llegó á Lisboa de vuelta de su gloriosa expedición á fines de Agosto ó principios de Septiembre del año 1499, y el documento oficial en que se consignan los premios que se le concedieron tiene la fecha del 10 de Enero de 1502. Dos años y medio después de haber regresado á Lisboa se concedieron á Vasco da Gama mercedes que le aseguraban cuantiosa renta, el derecho de poner la partícula *Don* antes de su nombre de pila y el almirantazgo de las Indias Orientales. Colón salió de España el

FACSIMIL DE LA FIRMA DE VASCO DA GAMA

(Ho cōd'almirante.—El Conde Almirante.)

día 3 de Agosto de 1492, siendo ya Almirante de las Indias á que se proponía llegar, y Vasco da Gama recibía el nombramiento de Almirante algunos años después de haber desembarcado en las playas de Asia. Noten la diferencia que de señalar acabamos los que acusan á España de haber desconocido el mérito y mermado las recompensas del descubridor del Nuevo Mundo.

El primer viaje de Vasco da Gama ha sido cantado por Luis de Camoens en su inmortal poema *Os Lusíadas*, ó sea, traduciendo este título al castellano, *Los Lusos*, ó mejor aún, *Los Portugueses*. El poema de Camoens comienza con aquellas dos conocidas octavas reales:

As armas, e os barões assinalados,
Que da occidental praia lusitana,
Por mares nunca d'antes navegados
Passaram ainda alem de Taprobana,
En perigos e guerras esforçados
Mais de que promettia a força humana,
Entre gente remota edificaram
Novo reino, que tanto sublimaram:
E tambem as memorias gloriosas
Daquelles Reis, que foram dilatando
A fe, o imperio, e as terras viciosas
De Africa e de Asia andaram devastando;
E aquellos que por obras valerosas
Se vão da lei da morte libertando,
Cantando espalharei por toda parte,
Se a tanto me ajudar o engenho e arte.

Sí; el ingenio y el arte hicieron de *Os Lusíadas* un poema épico, superior, según piensa Federico Schlegel, al *Orlando furioso* del Ariosto y á la *Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso; pero Luis de Camoens, patriota portugués y valeroso soldado, no hizo lo que no podía hacer, no hizo lo que la intuición del poeta presentía al escribir:

Cesse tudo o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se alevanta.

Ciertamente, si al cantar Luis de Camoens el descubrimiento del camino marítimo de la India no hubiera intentado encerrar en el cuadro de su poema toda la historia heroica de Portugal; si el brillo refulgente de las glorias militares no hubiese deslumbrado su pensamiento, hasta tal punto que, mientras en las páginas de *Os Lusíadas* sólo se menciona dos veces muy ligeramente al infante D. Enrique *el Navegante*, y no aparecen jamás los nombres de Juan de Santarem, Pedro de Escobar y Bartolomé Dias, se enaltece con insistencia la memoria de los capitanes ilustres, y se llega á decir, en la octava XIII del canto primero, que la gloria de César y Carlo-Magno queda oscurecida si se recuerda la de los Alfonsos primero, tercero, cuarto y quinto de Portugal. No; la gloria de César y Carlo-Magno no se oscurece al compararla con la de los Alfonsos de Portugal; pero la gloria de todos los navegantes descubridores de la antigüedad y de los tiempos medioevales aparece pequeña, y hasta mezquina, si se recuerda la de los navegantes portugueses y españoles que descubrieron el Nuevo Mundo.

Cuando escribió Luis de Camoens su inmortal poema aun no se conocía la grandiosa obra del descubrimiento del Nuevo Mundo en toda su trascendental importancia; aun no se sabía, ni podía saberse, que el imperio de Portugal en la India, fundado por los Albuquerque, Pachecos y Almeidas, y que el imperio de España en América, fundado por

los Corteses, Pizarros y Almagros, desaparecerían con relativa brevedad, y sólo quedaría como imperecedera y sin par gloria de la Península Ibérica el descubrimiento del Nuevo Mundo, preparado por los viajes marítimos que dispusieron el príncipe D. Enrique *el Navegante* y el rey don Juan II de Portugal, realizado por Cristóbal Colón, descubriendo las tierras de América, y por Vasco da Gama, iniciando el descubrimiento de Oceanía, y del todo terminado por el portugués Fernando de Magallanes y el español Juan Sebastián de Elcano, ó del Cano, que, siendo los primeros circunnavegantes, relacionaron, valga la palabra, los descubrimientos que había hecho Cristóbal Colón en 1492 con los de Vasco da Gama en 1498.

Al llegar aquí advertiremos que vulgarmente sólo se concede á Vasco da Gama la gloria de haber descubierto el camino marítimo de la India; pero si bien se considera, es mucho mayor que este descubrimiento la necesaria trascendencia del desembarco del inmortal nauta portugués en el puerto de Calicut. Ciertamente es que los antiguos conocían el mar Eritreo; pero las navegaciones de los portugueses ensancharon los límites de este mar hasta convertirlo en lo que hoy se llama Océano Índico, y, por lo tanto, Vasco da Gama es, sin duda, el descubridor del Océano Índico. Siendo sabido que la quinta parte del mundo, que hoy llamamos Oceanía, se compone de una gran isla ó continente, la Australia, y de numerosos archipiélagos situados en el Océano Índico y el Gran Océano ú Océano Pacífico, es claro, es evidente, que al navegar en las aguas del Océano Índico se había de llegar á las costas de Sumatra, Java, Tasmania y de otras islas que forman parte de Oceanía, y, por consiguiente, Vasco da Gama, descubridor del Océano Índico, es el iniciador del descubrimiento de Oceanía, y así se halla consignado, más ó menos explícitamente, en las obras de los ilustres geógrafos Malte-Brun, Reclus y Vivien de Saint Martin (1).

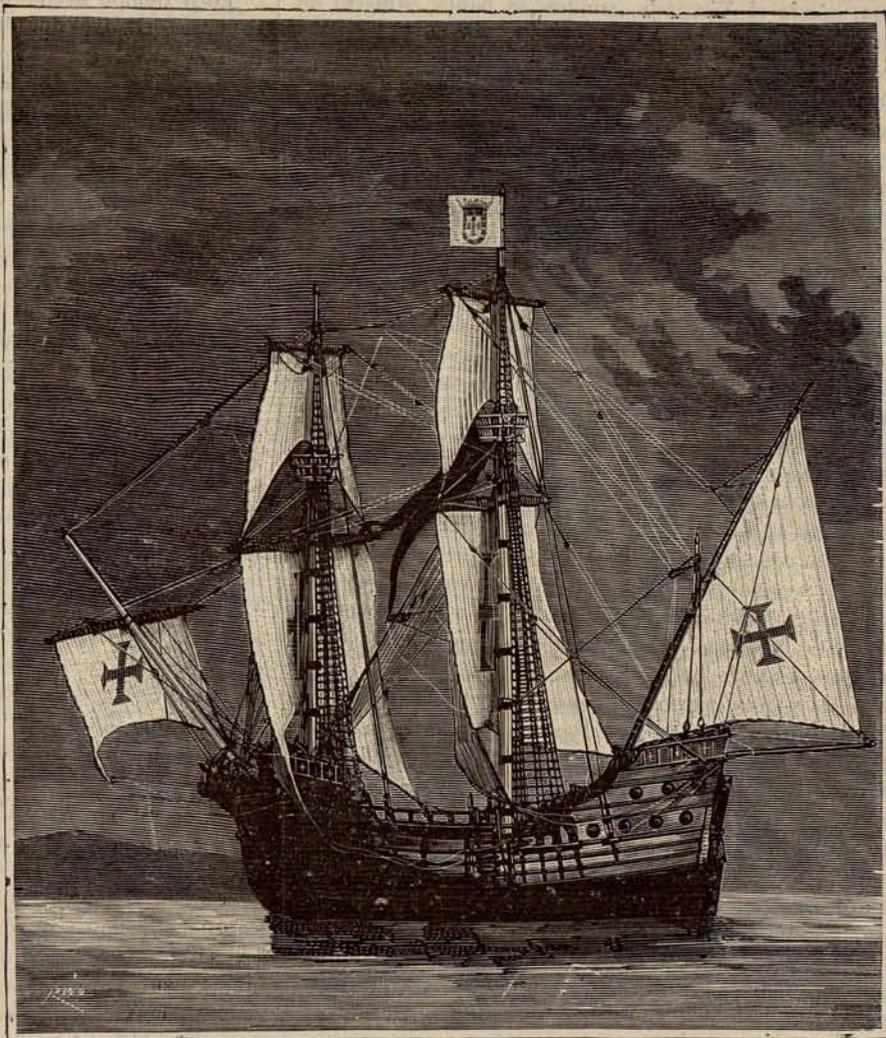
No fué Vasco da Gama el jefe de la segunda expedición á la India. La política del rey D. Manuel I de Portugal, semejante á la de los Reyes Católicos de España, tendía á evitar que el engreimiento de los navegantes descubridores pretendiese convertir en dominio personal, lo que sólo debía ser donación transitoria del poder soberano, gracia otorgada por el Rey y no derecho al mando en sus merecimientos fundado. Los desafueros de los señores feudales aun vivían en la memoria de todos, y no debe ser calificada de recelosa, sino de prudente, la resolución del rey D. Manuel nombrando á Pedro Alvares Cabral, y no á Vasco da Gama, para que mandase la segunda expedición portuguesa

(1) No ignoramos que hay escritores (Carlos Vogel, Próspero Peragallo, Ricardo Beltrán y otros) que niegan á Vasco da Gama y á los portugueses la gloria de haber iniciado el descubrimiento de Oceanía, para conceder la prioridad en tan importante descubrimiento geográfico á Fernando de Magallanes y los españoles que desembarcaron en las islas Filipinas el año de 1521. El centenario que ha de celebrarse en Lisboa los ya no lejanos días 8 de Julio de 1897 y 20 de Mayo de 1898, dará ocasión á que se discuta si puede considerarse á Vasco da Gama y á los portugueses como iniciadores del descubrimiento de Oceanía, ó si son Fernando de Magallanes y los españoles los que alcanzaron tan alta gloria en el primer viaje de circunnavegación del globo terráqueo. Nuestra opinión acerca de este asunto, en el texto queda expresada.

á las Indias Orientales, ni la de los Reyes Católicos cuando privaban á los Colones, Corteses y Pizarros del gobierno en las tierras por su iniciativa descubiertas ó por su valor conquistadas.

No hemos de relatar aquí el viaje de Pedro Alvares Cabral, y pasaremos á ocuparnos en la segunda expedición realizada por Vasco da Gama (1502) ya investido con el carácter de Almirante de las Indias y mandando una poderosa armada que había de dar á conocer á los reyes indios la fuerza incontrastable de la nación portuguesa. Vasco da Gama es acusado de tan cruel en sus conquistas indianas, como los capitanes españoles en las de las tierras de América; pero quizá el terror era el único medio que podían emplear los caudillos que mandaban algunos centenares de soldados para sojuzgar á millones de hombres, entre los cuales no faltaban héroes que peleaban valerosamente defendiendo su nativa independencia. No pretendemos con lo dicho disculpar lo indisculpable. El incendio del bajel perteneciente al Soldán de Egipto, en que perecieron niños y mujeres á quienes ninguna responsabilidad alcanzaba de las deslealtades de los indios, mancha la memoria del caudillo que tal atentado consumó. Es cierto; Vasco da Gama traspasó los límites del rigor, y aun, si se quiere, de la crueldad, quizá necesaria en los duros trances de la guerra, en el caso que de citar acabamos; pero no por esto admitiremos como exacta la afirmación que hace Mme. Dujarday cuando escribe en su *Resumen histórico de los viajes, descubrimientos y conquistas de los portugueses*: «Vasco da Gama es el héroe de las Indias Orientales y el vencedor de los indios; Cristóbal Colón es el padre del Nuevo Mundo y el bienhechor del género humano.» No; Vasco da Gama, lo mismo que Cristóbal Colón, considerados como navegantes que realizan grandes descubrimientos geográficos, son bienhechores de la humanidad, porque el mayor bien que puede realizarse en esta vida es contribuir al conocimiento de la verdad. La ignorancia es el origen de todos los males. La sabiduría es el camino para alcanzar todo género de bienes.

Vasco da Gama, lo mismo que Cristóbal Colón, considerados como conquistadores y gobernantes de las tierras con-



LA NAO «SAN GABRIEL»

QUE FUÉ LA CAPITANA EN EL PRIMER VIAJE Á LA INDIA DEL INMORTAL DESCUBRIDOR
VASCO DA GAMA

quistadas, quizá merecen graves censuras, porque ambos procedían con frecuencia mirando más á la consecución del fin que se proponían, que á la legitimidad de los medios que habían de emplear para conseguirlo; y aun cuando, así en su época, como aún en la nuestra, el derecho internacional sea frecuentemente hollado por los grandes capitanes en sus triunfos y por los hábiles diplomáticos en sus negociaciones, es lo cierto que el delito no prescribiera nunca ante el eterno tribunal de la conciencia y de la Historia.

Ha escrito el ilustre Vizconde de Santarem que cuando Vasco da Gama regresó á Lisboa, después de su segunda expedición á la India, sus servicios no se apreciaron en todo lo que merecían, siendo necesario que el Duque de Braganza emplease su valiosa influencia para conseguir que se le concediera el título de Conde de Vidigueira. «Vasco da

Gama, añade el Vizconde, aunque se había cubierto de gloria en sus expediciones, vivió olvidado y no volvió á tomar parte en ninguna empresa marítima durante el reinado de D. Manuel I. Este hecho sirve de base á muchos historiadores para acusar de ingrato al Rey de Portugal; pero nos parece injusta tal acusación, por las razones que ya hemos indicado y por otras que expondremos ahora. El extremado rigor, si puede servir para fundar imperios, de cierto que es ineficaz para convertir la conquista en pacífica dominación. Es posible que al rey D. Manuel no le hubiese parecido acertada la conducta de Vasco da Gama cuando mandó incendiar el barco perteneciente al Soldán de Egipto, ni cuando llevó hasta el último límite del rigor el castigo de los indios de Calicut, que habían dado muerte al portugués Ayres Correa y á sus infortunados compañeros. Es probable que el rey D. Manuel, conociendo la imperfección de la naturaleza humana, pensase que teniendo Vasco da Gama tan altas dotes de hábil marino y de valeroso guerrero, podría faltarle la sagacidad política, que habia de ser necesaria para consolidar el dominio de los portugueses en la India. Si juzgaba el Rey de Portugal que Vasco da Gama, vencedor de los indios, tanto por medio del terror como por la fuerza de las armas, no se hallaba en condiciones favorables para adquirir las simpatías que deben mediar entre gobernados y gobernantes, supuesto que el poder no haya de fundarse tan sólo en la obligación de la ley escrita, nos parece que acertaba en su juicio, y que no hay ingratitud, sino prudencia y sabiduría, en proceder como procedió, nombrando primer virrey de las Indias á Francisco de Almeida, por el término de tres años, y segundo virrey al famosísimo Alfonso de Albuquerque. Sabido es que Almeida, negándose á obedecer las órdenes del Rey de Portugal, puso grandes dificultades antes de entregar el mando á su sucesor Albuquerque. Bien conocía el rey D. Manuel la conveniencia de no perpetuar en ninguna persona, por grandes que fuesen sus merecimientos, el gobierno de las Indias; que así lo requería el carácter de los magnates en los comienzos del siglo XVI, cuando aun no se había olvidado la época del feudalismo, en que el Rey sólo era el primer señor feudal, algo más poderoso que sus casi iguales en categoría social.

Para justificar por completo lo hecho por el rey D. Manuel en sus nombramientos de los dos primeros virreyes de las Indias Orientales, preguntaremos: ¿no es lo más probable que Vasco da Gama hubiese gobernado en la India con menos gloria y fortuna que las que alcanzó el inmortal Alfonso de Albuquerque? Los genios son excepciones, y Alfonso de Albuquerque como excepción puede presentarse entre los gobernantes de imperios coloniales.

Vasco da Gama fué nombrado virrey de las Indias tres años después de la muerte de D. Manuel I por su sucesor D. Juan III. El 9 de Abril de 1524 salió de Lisboa *El Conde Almirante*, que así se firmaba el descubridor del Océano Índico. Próximo ya á las costas de la India, parece que se agitaron violentamente las aguas del mar, sin causa conocida, y entonces, Vasco da Gama, para tranquilizar á sus compañeros de viaje exclamó: *Nada hay que temer. El mar tiembla al advertir nuestra presencia.* ¡Siempre la idea de aterrorizar, no sólo á los indios, sino también á los elementos de la naturaleza!

Poco tiempo después de su llegada á la India falleció Vasco da Gama, en el día 25 de Diciembre de 1524. Sobre su tumba dicen que se puso esta inscripción: *Aquí yace el grande argonauta D. Vasco da Gama, primer Conde de Vidigueira, Almirante de las Indias Orientales y su famoso descubridor.* Hablando con verdad, Vasco da Gama no podía haber descubierto en el siglo XV las Indias Orientales, que ya aparecen señaladas en los mapas desde muy remota antigüedad, pero si había descubierto el camino marítimo de la India, y este descubrimiento implicaba, como ya hemos dicho, el del Océano Índico y la iniciación del de Oceanía.

Los caudillos de las expediciones portuguesas á las Indias revestían el triple carácter de diplomáticos que pactaban, negociantes que establecían cambios de mercancías, y conquistadores que sojuzgaban reinos; pero sus triunfos como diplomáticos hábiles y como conquistadores victoriosos, y las ganancias que su patria adquiría por sus negociaciones comerciales, pasaron brevemente, y sólo queda firme é imperecedero el resultado de sus descubrimientos geográficos, la gloria alcanzada por los heroicos hijos de Portugal y de España que quintuplicaron (1) la superficie conocida del planeta en que vivimos; gloria que se presenta en todo su esplendor recordando el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, la iniciativa de Vasco da Gama en el descubrimiento de Oceanía y el viaje de circunnavegación de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano que dió á conocer, por modo experimental, el tamaño y la forma del Nuevo Mundo, por Colón y Gama descubiertos.

Vasco da Gama, que estuvo casado con D.^a Catalina de Atayde, señora de alta alcurnia, tuvo varios hijos, entre los cuales sobresalieron Esteban y Cristóbal da Gama por las singulares prendas de su inteligencia y valeroso esfuerzo; pero, según nos dice Luis de Camoens, al finalizar el canto quinto de su famoso poema, los Condes de Vidigueira de su tiempo no honraban con su valía personal la memoria del ilustre fundador de su título nobiliario. Se pueden vincular en una familia los bienes urbanos y rurales y los títulos de nobleza, pero jamás pueden vincularse los esplendores de la gloria, ni las perfecciones de la virtud.

Don Juan Antonio Pellicer notó cierta curiosa semejanza entre la vida de Cervantes y la de Camoens, y esta misma observación puede hacerse comparando algunos hechos de los que aparecen consignados en la biografía de Vasco da Gama con otros que refieren los biógrafos de Cristóbal Colón. Tres naves forman la escuadrilla que al mando de Vasco

(1) No se crea que es una exageración lo que en el texto decimos. Antes del primer viaje de Cristóbal Colón se puede calcular que la superficie conocida de la Tierra era unos 85 millones de kilómetros cuadrados, esto es, la sexta parte de su total superficie, que mide 510 millones de kilómetros cuadrados. Después del descubrimiento del Océano Pacífico, que ocupa algo más de la tercera parte de la superficie de la Tierra, y de los descubrimientos de América y Oceanía y de la parte ignorada de los Océanos Atlántico é Índico, se añadieron, en los siglos XV y XVI, unos 390 millones de kilómetros cuadrados á la superficie de la Tierra hasta aquel entonces conocida. Ahora bien, como la suma de 85 y 390 es 475, y el producto de 85 multiplicado por 5 es 425, claro se ve que con entera verdad puede decirse que el descubrimiento del Nuevo Mundo quintuplicó, en los siglos XV y XVI, la superficie conocida del planeta en que vivimos.

da Gama ha de descubrir el camino marítimo de la India siguiendo el rumbo hacia el Oriente, y tres naves son también las que manda Cristóbal Colón para hacer el mismo descubrimiento siguiendo el rumbo hacia el Occidente. Vasco da Gama al volver de su viaje desembarca en una de las islas Terceras, y la nave que mandaba Nicolás Coelho llega antes que la suya á las costas de Portugal; y del mismo modo Colón desembarca también en una de las islas Terceras, y la carabela que mandaba Martín Alonso Pinzón llega á las costas de España antes que la nave capitana. Una tempestad es la causa de la separación de los barcos que respectivamente mandan Cristóbal Colón y Martín Alonso Pinzón, y la misma causa produce la separación de Gama y Coelho; y, sin embargo, no falta quien acusa á Coelho y á Pinzón como ávidos de usurpar la fama de los descubrimientos que en justicia pertenecía á sus inmortales jefes. Se dice para amenguar el mérito como navegante de Vasco da Gama que antes de la fecha en que emprendió su primer viaje á la India, ya Juan de Santarem, Pedro de Escobar, Diego Cam y Bartolomé Días habían hecho desaparecer el terror que infundía la navegación en los mares de la zona tórrida, puesto que todos los citados navegantes habían pasado la línea equinoccial sin que sus barcos se precipitasen en los abismos, ni muriesen sofocados los marineros que los tripulaban; é igual razonamiento se hace para demostrar que cuando el 6 de Septiembre de 1492 zarpaba Colón de la isla de la Gomera, abandonando las tierras del mundo hasta aquel entonces conocido, ya sabía que aun cuando tuviese que navegar en los mares de la zona tórrida para descubrir las costas orientales de la India, no por esto corría peligro ni la seguridad de sus buques ni la vida de sus tripulantes. Hay quien niega á Vasco da Gama la gloria de haber descubierto el Océano Índico y de haber iniciado el descubrimiento de Oceanía, diciendo que al emprender el gran marino portugués su viaje del año 1497 sólo se proponía llegar á las costas de las Indias Orientales y que murió creyendo que había realizado su propósito, pero sin saber las trascendentales consecuencias de su empresa marítima; y sin duda aun más equivocado andaba Cristóbal Colón al creer que había llegado á las costas de Asia y al morir ignorando, como afirma el P. Las Casas, que había descubierto América, y que por modo eminente, puede decirse que había iniciado el total descubrimiento de las tierras y los mares de lo que en el siglo XVI se llamó Nuevo Mundo y hoy llamamos América y Oceanía. Aun se añade, para negar por completo la iniciativa de Vasco da Gama en el descubrimiento de Oceanía, que ya Marco Polo en el siglo XIII había anunciado la existencia de varias islas de la Malasia, llamada por el

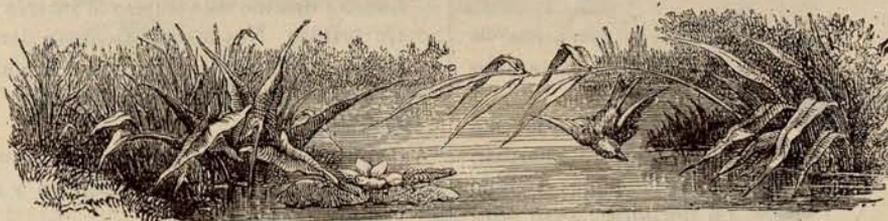
gran geógrafo Balbi, Oceanía Occidental; como también se recuerda que los escandinavos en los siglos X y XI habían descubierto la isla de Terranova, la Groenlandia y la Islandia, para negar que Colón y los españoles al desembarcar en la isla de Guanahani, el día 12 de Octubre de 1492, sean los primeros europeos que han hollado la tierra americana. Resumiendo, y hablando con entera verdad, puede decirse que la empresa que *conscientemente* llevó á cabo Vasco da Gama fué descubrir con dirección oriental el camino marítimo de la India; y que Colón *conscientemente* buscó y creyó haber descubierto otro camino con dirección occidental que también conducía á la India; pero, en realidad, Colón había descubierto el camino marítimo que conducía á las costas orientales, y Vasco da Gama el que conducía á las costas occidentales de las tierras del Nuevo Mundo. Ya dijo esto mismo el ilustre escritor portugués Oliveira Martins en su conferencia americanista del Ateneo de Madrid, afirmando que «Colón descubre por el Oeste una frontera del mundo ignoto, y Vasco da Gama descubre la otra por el Este. ¡Diríanse dos brazos de un solo cuerpo estrechando toda la Tierra!»

Se habrá observado que en el curso de este escrito hemos prescindido con frecuencia de las particularidades referentes á la vida de Vasco da Gama, para dirigir toda nuestra atención hacia el asunto en que principalmente nos ocupábamos, á saber, determinar la parte que tuvo el gran navegante portugués en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ahora bien, deduciendo las consecuencias lógicas de todo lo que hemos dicho, á nuestro parecer la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo se divide en tres periodos, que pueden ser calificados en la forma siguiente: Primer periodo. Preliminares del descubrimiento del Nuevo Mundo. El príncipe D. Enrique *el Navegante* y el rey de Portugal D. Juan II.—Segundo periodo. El descubrimiento del Nuevo Mundo. Cristóbal Colón y Vasco da Gama.—Tercer periodo. Viaje de circunnavegación en que se averiguaron los límites por Levante y Poniente de los continentes y archipiélagos del Nuevo Mundo. Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano.

Resulta, pues, que Vasco da Gama comparte con Cristóbal Colón, Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano la gloria alcanzada por Portugal y España en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Así lo pensamos y así creemos que se halla plenamente demostrado en la historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos.

LUIS VIDART,

Correspondiente de la Academia Real de Ciencias de Lisboa.



EL AMOR DE LOS JUGUETES

LANCE ESCÉNICO, ORIGINAL, AUNQUE INVEROSÍMIL

PERSONAJES:

Arlequín. *Arlesiana.*
Preciosa Ridícula. *Un chico del Bazar.*

ACTO ÚNICO.

DECORACIÓN.—El interior de un lujoso bazar de juguetes: en las estanterías, cajas de madera cerradas, pelotas de goma, bebés en camisa con teresianas de cartón á la cabeza; en los lienzos de pared que deja al descubierto la estantería y en las columnas se ven colgados aros, cornetas, látigos, panoplias con uniformes infantiles de militar y trajes de torero y picador, sables de latón, etc., etc.; en el centro del bazar, grandes vitrinas: en su interior se ven cajitas de soldados, juegos de damas, ajedrez y dominó, ferrocarriles microscópicos, figuritas de movimiento; sobre el cristal de las vitrinas, una vistosa muchedumbre de muñecas lujosamente ataviadas, payasos, arlequines, polichinelas, conejos martinetes, cochecitos, carros, etc., etc.; en el suelo, tambores, caballos mecánicos, velocípedos, etc., etc.

Es de noche. El Bazar, cerradas sus puertas, recibe de una lámpara colgada en el centro tibia claridad. En uno de los rincones, tendido sobre un montón de tablas, duerme el chico del Bazar.

ESCENA PRIMERA.

ARLEQUÍN y PRECIOSA RIDÍCULA.

ARLEQUÍN hace resbalar sus chapines sobre el cristal de la vitrina en que se encuentra, y procura sortear con cuidado los demás juguetes que le rodean. Se acerca á una PRECIOSA RIDÍCULA, que al verle le estrecha cariñosamente las manos.



PRECIOSA.—(Con acento de reproche) Te aguardaba impaciente.

ARLEQUÍN.—Es que esta noche nuestro guardián ha tardado más tiempo en dormirse; pero aquí me tienes á tu lado como un Romeo.

PRECIOSA.—Y yo como una Julieta. Cuando las luces de la aurora entren por las ventanas del Bazar, ¡qué triste será tener que decirte: «¡Amado mío, la noche es ida, amanece, márchate!»: continuaremos nuestro idilio envueltos en las sombras nocturnas, alejados de esos juguetes imbéciles que nos rodean y que estúpidamente nos miran con sus ojos de cristal.

ARLEQUÍN.—¡Compadécelos! Ignoran lo que es amor y se burlan de nosotros. ¡Querámonos siempre!

PRECIOSA.—(Con amargura.) ¡Siempre! Y ¿qué es «siempre», Arlequín mío? Una palabra hueca, cuya última vibración es muchas veces el término de lo que se quiere expresar que sea.

ARLEQUÍN.—Noto esta noche no sé qué de amargura en tus palabras.

PRECIOSA.—No te sorprenda: el cariño es un tesoro que nos apesadumbra cuando lo poseemos: es lo lógico en el mundo dudar y sentirse abrumado cuando la felicidad nos prodiga sus caricias.

ARLEQUÍN.—No tan sinceras como las de nuestro amor. (Intenta abrazar á Preciosa, que le rechaza.) Pero ¿qué?... ¿ya no me quieres?

PRECIOSA.—(Con pasión.) ¡Te adoro! Y, sin embargo, la tristeza mata mis ilusiones. (Suspira.) ¡Ay, Arlequín, el día menos pensado, acaso mañana, nos separen para siempre! ¿Por qué seremos juguetes?... ¿Por qué no podríamos vivir eternamente ignorados, consagrados á nuestro amor en cualquier escondrijo de este Bazar?....

ARLEQUÍN.—Porque no tenemos voluntad propia; porque nuestro destino está sujeto al interés ó capricho de nuestro artífice. Nos hizo, y tiene un derecho sobre nosotros. Puede vendernos, arrojarnos á la calle, destrozarnos.....

PRECIOSA.—(Llora.) ¡Eso es horrible! ¡No tener libre albedrío!

ARLEQUÍN.—No llores: nada adelantaremos con desesperarnos. Aceptemos nuestra condición y gocemos de nuestra ventura presente.

PRECIOSA.—¡Ventura, y somos esclavos! (Continúa su llanto.)

ARLEQUÍN.—(Intenta consolarla.) En el amor, vida mía, hay

siempre un consuelo infinito que nos hace olvidar lo miserable de nuestra suerte. ¿Oyes? ¿Á qué amargar más los minutos de nuestra existencia, pretendiendo rebelarnos contra una fuerza superior á nosotros, que á su capricho nos maneja?

PRECIOSA.—(Sonriendo con tristeza.) Sí; es estúpido dedicar los momentos de la felicidad á consideraciones locas. ¡Arlequín mío, amémosos!

ARLEQUÍN.—¡Alma mía, seamos felices! (Se abrazan: la seda de sus trajes produce un ligero frou frou: tintinean débilmente los cascabelillos que orlan el vestido de Arlequín.) (Empieza á clarear el día. El chico del Bazar despierta.)

PRECIOSA.—¡Vete, amado mío!

ARLEQUÍN.—¡Hasta la noche, amor de mis amores! (Se dirige cautelosamente al sitio que ocupaba antes.)

ESCENA II.

ARLEQUÍN, solo en su sitio.

ARLEQUÍN.—(Dirige miradas tristes hacia el punto que en la noche precedente ocupaba Preciosa.) (Con desesperación.) ¡Solo! ¡Nuestra miserable condición así lo quiso! ¡Esta tarde me han arrebatado á mi amada! Y yo, al verlo, no he podido oponerme. ¿Qué valgo yo ante las manos de mi amo? Una niña elegante que visitaba el Bazar, se paró delante de Preciosa, la cogió, la examinó, y haciendo un picaresco mohín á la señora que le acompañaba, la dijo: «¡Mamá, mira qué bonita es!» La mamá habló al dueño del Bazar. Vi que éste al cabo de unas cuantas reverencias se embolsaba unas monedas, y vi también cómo el chico del Bazar envolvía cuidadosamente á Preciosa en un papel de seda, y luego después la sepultaba en una cajita de cartón que entregó á la niña. Cuando ésta pasó junto á mí con la cajita en brazos, creí escuchar una voz débil y lacrimosa: la voz de mi amada que me decía: «Arlequín, nuestros amores han muerto para siempre.... ¡Siempre! En la desgracia tiene esta palabra un valor real. ¡Adiós!» ¡Y no poder morir hasta que el destino lo quiera! ¡Es horrible!

(Arlequín cae sobre el cristal de la vitrina llorando: acude el chico del Bazar y lo levanta.)

EL CHICO DEL BAZAR.—¡Hombre, qué mal se sostiene este muñeco!

ESCENA III.

ARLEQUÍN y ARLESIANA.

ARLEQUÍN.—(Á una Arlesiana que han colocado á su lado en la vitrina.) (Con apasionamiento.) ¡Á nadie he querido como á ti!

ARLESIANA.—¿Y los amores que tuviste con la Preciosa Ridícula que vendieron hace días?

ARLEQUÍN.—(Con desdén.) ¡Psh, amores! La quise un poquito, casi nada; en cambio á ti te idolatro.

ARLESIANA.—¡Juraste no querer á nadie más que á ella!

ARLEQUÍN.—Y ¿quién hace caso de esos juramentos?

ARLESIANA.—(Dudosa.) Entonces....

ARLEQUÍN.—(Con ansiedad.) ¿Me amarás?

ARLESIANA.—¡Con alma y vida!

ARLEQUÍN.—(Con loco entusiasmo.) ¡Soy el más feliz de los muñecos!.... (Aparte.) (¿A qué preocuparnos de lo pasado ni de lo porvenir teniendo un presente tan hermoso?.... ¡Amemos lo presente, que es lo único de que podemos disponer!....)

Telón rápido.

ALEJANDRO LARRUBIERA.

